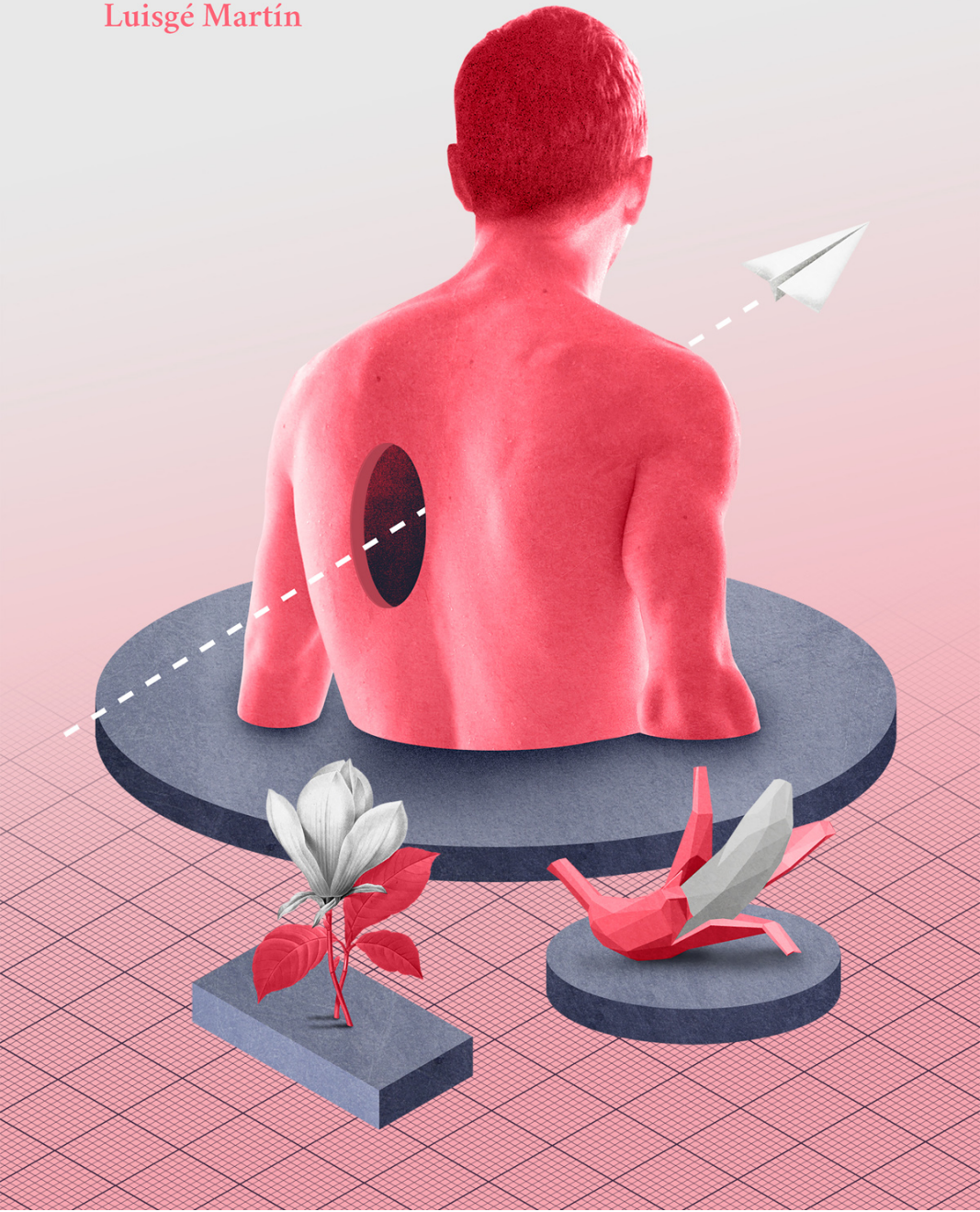
# Amor puro

*Una comedia sexual*

Luisgé Martín



# Amor puro

*Una comedia sexual*

Luisgé Martín

Primera edición: abril de 2021

AMOR PURO © 2021 Luisgé Martín
Representado por la Agencia Literaria Dos Passos

© de esta edición: Dos Bigotes, A.C.
Publicado por Dos Bigotes, A.C.
www.dosbigotes.es

ISBN: 978-84-122617-7-6
eISBN: 978-84-122925-4-1
Depósito legal: M-5113-2021
Impreso por Kadmos
www.kadmos.es

Diseño de colección:
Raúl Lázaro
www.escueladecebras.com

Todos los derechos reservados. La reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, deberá tener el permiso previo por escrito de la editorial.

El papel utilizado para la impresión de *Amor puro* es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable.

Impreso en España — Printed in Spain

Para Iván Narte y Carlos Rodríguez, por tantas razones.

# Contenido

Personajes
Capítulo 1
Epílogo impuro
Títulos de dos bigotes

# Personajes

GERMÁN
DANIEL

*Estamos en el espacio principal de una vivienda. Se trata de un estudio no muy amplio con dos ambientes: una zona de salón con un sofá y dos sillones, y una zona de dormitorio con una cama, un descalzador, un espejo de pie y un pequeño armario.*

*Todo tiene un aire vagamente juvenil. Moderno, sin pretensiones. Hay libros apilados, algunas fotografías, un mueble bar con botellas y una lamparita de velador.*

*Cuando comienza la escena, GERMÁN está haciendo los últimos arreglos en la habitación: colocando algún periódico que estaba sobre los sillones, comprobando con la yema del dedo que no hay polvo en los muebles y verificando que las botellas están llenas. Tiene un ritmo nervioso, casi ridículo.*

*Cuando ha terminado de hacer todo eso, permanece quieto unos instantes, repasando mentalmente, y por fin enciende la lamparita de velador antes de apagar la luz general del techo. La habitación queda en penumbra, y a GERMÁN no parece gustarle el resultado. Vuelve a encender la luz del techo.*

*GERMÁN tiene alrededor de treinta años, quizás alguno menos. Es atractivo, pero no deslumbrante. Su belleza parece simple, ordinaria.*

*Cuando ha terminado de ordenar la habitación, mira el reloj. Suena entonces el timbre. GERMÁN va de un lado a otro cerciorándose de que todo está en orden. Después se dirige hacia la puerta y se queda parado frente a ella. Echa un último vistazo a derecha e izquierda. Luego abre.*

*Entra DANIEL, que tiene aproximadamente la misma edad que GERMÁN y una belleza más categórica. Trae en la mano una botella de vino. A pesar de la desenvoltura que ensaya, está envarado, tieso. Le alarga la botella a GERMÁN, que, después de cerrar la puerta, la coge. Hablan los dos con timidez.*

GERMÁN.— Muchas gracias. No tenías que haber traído nada.

DANIEL.— La tenía en casa.

GERMÁN.— *(Mirando la etiqueta.)* Es muy bueno.

DANIEL.— No sé. Sigo sin entender de vinos. Me lo regalaron.

GERMÁN.— *(Alzando el vino.)* ¿Quieres una copa?

DANIEL.— Claro. Para eso lo he traído.

*GERMÁN busca el abrebotellas y las copas. Se ocupa luego de descorchar el vino mientras, después de un silencio un poco tenso, siguen hablando. DANIEL husmea en la casa desde el centro de la habitación.*

GERMÁN.— ¿Has podido aparcar sin problemas?

DANIEL.— No he traído el coche. He venido en autobús.

GERMÁN.— *(Un poco sorprendido.)* ¿Desde tu casa?

DANIEL.— Sí. Tampoco hay tanta distancia. *(Examinando la habitación.)* Has cambiado esto bastante.

GERMÁN.— No mucho. He movido algunos muebles y hay un par de cuadros nuevos.

DANIEL.— Yo lo recordaba muy diferente.

GERMÁN.— *(Sin mirarle.)* Bueno, hace tiempo que no venías. Y los lugares se olvidan, ya lo sabes.

DANIEL.— *(Concediendo.)* Sí, es verdad. Enseguida se olvida todo. Los lugares y casi todo.

GERMÁN.— *(Suspicaz, mientras acaba de abrir la botella.)* ¿Casi todo?

DANIEL.— *(Defensivo, riendo.)* Todo, todo en general. La memoria es un desastre. Mi madre, por ejemplo, ya no se acuerda de los nombres de nadie.

GERMÁN.— Tu madre tiene casi setenta años, Daniel; y tú no has cumplido todavía los treinta.

DANIEL.— No es sólo un problema de edad. A lo mejor es una cuestión genética.

GERMÁN.— *(Dubitativo.)* ¿De qué más cosas…? ¿De qué otras cosas te has olvidado en este tiempo?

DANIEL.— Dos años.

GERMÁN.— Un año y ocho meses. Exactamente un año y ocho meses.

DANIEL.— ¿Lo has ido midiendo?

GERMÁN.— Con absoluta precisión. Segundo a segundo.

DANIEL.— *(Dejando la copa sobre la mesa y con resolución.)* Escucha, Germán, he aceptado tu invitación porque creí que querías firmar la paz, hacer borrón y cuenta nueva. Pero si me has hecho venir para lo que imagino, será mejor que me vaya ya.

GERMÁN.— No sé lo que imaginas, pero te aseguro que la razón por la que te he hecho venir no la imaginas.

DANIEL.— Yo sólo quiero que volvamos a ser amigos. Que podamos tomarnos otra vez un vino juntos *(recoge la copa)*, hablar de literatura, de música, de chicas… (*Con énfasis un poco melodramático.)* Te he echado mucho de menos.

GERMÁN.— *(Sorprendido.)* ¿Me has echado de menos?

*DANIEL se encoge de hombros y hace una mueca extraña para disculpar esa sentimentalidad, pero al final afirma suavemente.*

DANIEL.— Cada vez que he ido a robar cámaras de fotos.

*GERMÁN da un respingo, se queda parado, mirando a DANIEL con la boca medio abierta. Hay un silencio largo, GERMÁN titubea, farfulla.*

GERMÁN.— *(Casi tartamudeando.)* ¿Te acuerdas todavía? *(DANIEL sonríe.)* Éramos casi unos niños.

DANIEL.— Bueno, también me acuerdo de ti cuando voy a robar zapatillas de deporte, ropa interior y batidoras.

*GERMÁN se echa a reír y luego se acerca a DANIEL para abrazarle. DANIEL, abrumado al principio, le devuelve el abrazo con un poco de torpeza, retraído, sujetando la copa de vino.*

DANIEL.— *(Sin deshacer todavía el abrazo, con tono confesional.)* Eres una de las personas más importantes de mi vida, Germán. Hemos crecido uno al lado del otro. Yo lo sé todo de ti y tú lo sabes todo de mí. No podemos permitir que eso se estropee por… por un único desencuentro. Aunque sea un desencuentro de esa naturaleza.

GERMÁN.— *(Separándose de nuevo.)* Los desencuentros de esa naturaleza son los que lo estropean todo.

DANIEL.— En las películas. Nada más que en las películas. Seguro que te has pasado cada uno de los días de estos dos años… *(rectifica)* de estos casi dos años, regodeándote en la melancolía y sintiendo orgullo por parecerte a una fábula. *(Gesticulando con una cierta burla.)* Dos grandes amigos separados por el amor de una mujer.

GERMÁN.— No es una fábula. Los amigos se separan por esas cosas.

DANIEL.— Los amigos se separan porque se aburren. Porque no tienen tiempo para verse. Porque se mudan de ciudad. Porque uno tiene envidia del sueldo que gana el otro. ¡Pero por una mujer…! ¡Dios mío! Cuánto drama. Por una mujer discuten, se enzarzan, y si me apuras se dan de hostias, pero no se separan. Habría preferido eso, que me dieras dos hostias bien dadas para desahogarte.

*GERMÁN, inmóvil, le mira durante unos segundos largos de silencio.*

GERMÁN.— A lo mejor sí. Dos hostias.

DANIEL.— (*Dejando la copa de nuevo sobre la mesa y acercándose a él.)* Si ésa es la solución, estás a tiempo. Si así lo arreglamos todo de una vez, dámelas, no te cortes.

*GERMÁN se queda quieto, encarándole. Después se aparta hacia el otro lado de la habitación y bebe. Hay un nuevo silencio largo.*

DANIEL.— ¿La has vuelto a ver?

GERMÁN.— ¿A quién?

DANIEL.— ¿Cómo que a quién? A Luisa. Hace tiempo que es una mujer libre, y además vive aquí al lado, sois casi vecinos. Si tanto te interesaba, podrías haber intentado follártela.

GERMÁN.— ¡No seas desagradable, por favor!

DANIEL.— ¿No es de eso de lo que estamos hablando?

GERMÁN.— A veces no entiendo cómo hemos podido ser amigos durante tantos años.

DANIEL.— Yo sí lo entiendo. Porque nos gustaba robar cámaras de fotos para ganar dinero vendiéndolas. Porque íbamos al cine todos los días al salir de clase. Porque preparábamos rutas por los mares del sur para ir juntos alguna vez. Yo entiendo perfectamente cómo hemos podido ser amigos durante tantos años. *(Hay un silencio prolongado. Los dos se sostienen la mirada hasta que GERMÁN la aparta. DANIEL recobra el hilo de la conversación, habla calmadamente.)* A Luisa le gustabas, ya lo sabes. Le gustabas un poco, al menos. No es que ella me lo haya dicho nunca, pero esas cosas se notan. Le halagaba tu amor, como a todas las tías. Si quieres que te diga la verdad, creo que acabamos separándonos porque ella siempre sintió remordimientos de haber causado nuestra pelea. Desde el principio estaba obsesionada con arreglarlo: «¿Por qué no llamas a Germán y haces las paces con él? ¿Por qué no llamas a Germán y le invitas a cenar un día?».

GERMÁN.— ¿Y por qué no me llamaste?

DANIEL.— ¿Que por qué no te llamé? ¿¿Que por qué no te llamé?? ¡Estuve haciéndolo durante más de un mes, gilipollas! Todos los días. ¿Ya te has olvidado? Primero no me cogías el teléfono, después te inventabas excusas o enfermedades fingidas, y al final me mandaste a tomar por culo. «¡Vete a tomar por culo y déjame en paz!». ¿No te acuerdas?

GERMÁN.— *(Avergonzado.)* Eso fue al principio. Estaba enfadado.

DANIEL.— Pues podías haberme llamado tú cuando se te pasó el enfado.

GERMÁN.— Lo he hecho.

DANIEL.— Hace una semana. No está nada mal, un cabreo de dos años.

GERMÁN.— Las cosas no son tan fáciles. *(Titubeando.)* Lo intenté varias veces.

DANIEL.— Y estaba comunicando.

GERMÁN.— Desahógate con tus sarcasmos.

*DANIEL se acerca despacio a él, arrepentido de su agresividad, y trata de abrazarle. GERMÁN reacciona esquivo, sorprendido. Primero hace ademán de apartarse; después se deja abrazar casi a regañadientes; y por fin devuelve el abrazo, cerrando los ojos. Hay unos segundos de silencio. Es DANIEL quien rompe el abrazo.*

DANIEL.— *(Recogiendo la copa y alzándola.)* ¿Podemos brindar ahora?

*GERMÁN le imita, serio. Brindan. Hay un nuevo silencio embarazoso.*

DANIEL.— Me alegro de que me hayas llamado. Me alegro mucho.

GERMÁN.— Yo me alegro mucho de que hayas venido.

DANIEL.— ¿Qué es lo que querías contarme? ¿Por qué te empeñaste en que quedáramos aquí, en tu casa? *(GERMÁN guarda silencio, mira a otra parte.)* No será nada grave, ¿verdad? ¿Estás enfermo, te ocurre algo?

GERMÁN.— No, no, estoy bien. No me pasa nada.

DANIEL.— ¿Entonces?

GERMÁN.— Sólo quería que estuviéramos tranquilos, que pudiéramos hablar sin que nadie nos molestara. En los bares hay mucho ruido.

DANIEL.— A ti siempre te han gustado los bares.

GERMÁN.— Ahora ya no me gustan. Me estoy haciendo mayor.

DANIEL.— ¿Ya no sales por ahí? ¿Te has vuelto monje?

GERMÁN.— Salgo mucho menos.

DANIEL.— ¿Tienes… otros amigos?

GERMÁN.— *(Suspicaz de nuevo.)* ¿A qué te refieres?

DANIEL.— Bueno, dejaste de salir con nosotros, con tus amigos de siempre, con Sergio, con Fernando, con Maleni, con Luisa, con Miki…

GERMÁN.— …contigo.

DANIEL.— …conmigo. ¿Con quién has salido todo este tiempo?

GERMÁN.— *(Evasivo.)* Con nadie. No salgo mucho, ya te he dicho.

DANIEL.— *(Con un poco de burla.)* ¿Te has convertido en un misántropo?

GERMÁN.— Algo así. Me he convertido en un hombre escarmentado.

DANIEL.— *(Otra vez burlón.)* Eso parece muy sugerente. Un hombre escarmentado. La consagración de la madurez. Estoy seguro de que las mujeres no te dejan vivir en paz. A ellas les encantan los hombres escarmentados. Y los atormentados también.

GERMÁN.— ¿Por eso tú no consigues que te dure una novia más de un año? *(DANIEL le mira desconcertado. No sabe si reír o enfadarse. GERMÁN se da cuenta de que ha sido impertinente y agacha la cabeza.)* Perdona, no quería decir eso. A veces digo cosas que no pienso, estoy un poco desquiciado. *(DANIEL se ha quedado en mitad de un movimiento, tiene la copa sostenida en una posición extraña.)* Creo que esto no está saliendo bien.

DANIEL.— Depende. Si me has hecho venir para pelearte conmigo y para ofenderme, está saliendo de puta madre.

GERMÁN.— No seas gilipollas. Te he hecho venir para hablar contigo.

DANIEL.— *(Abre los brazos, ofreciéndose.)* Pues tú dirás.

*GERMÁN se retrae, bebe. Se queda callado durante unos segundos ante la mirada de DANIEL.*

GERMÁN.— ¿Y tú? ¿Sales con alguien ahora? ¿Has vuelto a echarte novia?

DANIEL.— *(Con un cierto fastidio por ese nuevo quiebro.)* No. No salgo con nadie. *(Con ironía.)* ¿Vas a presentarme a alguien? ¿Es para eso para lo que me has llamado?

GERMÁN.— No exactamente.

DANIEL.— *(Imperioso, harto.)* Desembucha ya. ¿Qué quieres?

*GERMÁN vuelve a escabullirse, silencioso, cohibido. Cuando ve que DANIEL deja la copa en la mesa y se encamina hacia la puerta, comienza a hablar. Lo hace entrecortadamente, sin mirar a DANIEL a la cara, con vergüenza.*

GERMÁN.— Verás, hay una cosa que no sabes. Una cosa importante. Una de esas cosas importantes que se van quedando en la sombra y lo joden todo. *(Vuelve a hacer una pausa y DANIEL se impacienta.)* La razón por la que dejé de verte no es la que tú crees.

DANIEL.— ¿Cuál es?

GERMÁN.— No es la que tú crees.

DANIEL.— ¿No estabas enamorado de Luisa? *(GERMÁN niega.)* ¿Entonces? ¿Qué te hice? ¿Dije algo que te molestara? ¿Hice algo? *(Disculpándose anticipadamente.)* Te juro que si lo hice fue sin ninguna intención. A la última persona a la que yo podría querer ofender era a ti. Pero tendrías que habérmelo dicho, tendríamos que haber aclarado ese mal rollo. No puede ser que nos hayamos pasado sin hablar dos años…

GERMÁN.— Un año y ocho meses.

DANIEL.— …por un puto malentendido. *(Da vueltas aceleradamente por la habitación.)* No lo puedo creer, no lo puedo creer. Pensé que estas cosas no pasaban nunca. ¿Por qué no me dijiste nada? ¿Por qué no me cogiste el teléfono y me dijiste «Daniel, eres un gilipollas, no puedes haber hecho eso»? Pero ¿qué?, ¿qué hice? *(GERMÁN no contesta, aparta los ojos una vez más.)* ¿Fue lo del coche? ¿Eh, fue lo del coche? Yo lo compré porque creí que tú no ibas a comprarlo, de hecho me dijiste que no ibas a comprarlo.

GERMÁN.— ¿Qué coche?

DANIEL.— *(Desconcertado.)* No fue lo del coche, entonces. *(Piensa, sigue dando vueltas por la habitación, recuerda otra cosa.)* Te contó Fernando lo que hablamos de ti. Es eso, ¿verdad? *(Se responde a sí mismo, con risitas.)* Pero si fue una niñería. No es posible que te creyeras que yo pensaba eso de ti.

GERMÁN.— *(Sorprendido, mirando por fin a la cara a DANIEL.)* ¿Qué pensabas de mí? ¿Qué le dijiste a Fernando?

DANIEL.— *(Dando marcha atrás.)* Nada, gilipolleces. Ya sabes cómo es eso: te

pones a hablar y dices tonterías. Una cerveza, otra cerveza, y cuando llevas diez cervezas dices cosas que no piensas pero que son divertidas.

GERMÁN.— *(Irritado.)* Deja que me divierta yo. Cuéntamelas.

DANIEL.— Ya ni me acuerdo. Sé que fueron impertinencias, bromas de mal gusto.

GERMÁN.— *(Irónico.)* A lo mejor acertasteis.

DANIEL.— *(Contraatacando.)* Pero has cambiado de conversación. Eres tú el que has estado dos años, o un año y ocho meses, encerrado en tu casa sin hablarme. Por algún delito. O por algún pecado. Cuéntamelo. Cuéntamelo de una puta vez. Si es un pecado, me confesaré ahora mismo y me llevaré la absolución, que es a lo que he venido.

GERMÁN.— No es un pecado tuyo. Es un pecado mío.

DANIEL.— *(De nuevo desconcertado.)* ¿Tuyo? ¿Dejaste de hablarme por un pecado tuyo?

GERMÁN.— Los celos.

DANIEL.— Los celos, sí. Eso es lo que siempre creí. Estás enredándote en una especie de bucle.

GERMÁN.— *(En un arrebato, con voz contundente.)* Los celos de Luisa.

*Se hace un silencio reflexivo. GERMÁN vuelve a escabullirse, avergonzado. DANIEL se queda parado, inmóvil. Mueve sólo la mirada: a GERMÁN, al suelo, a la botella de vino ya medio vacía. GERMÁN se sirve la última copa.*

DANIEL.— *(Acercando su copa.)* Ponme a mí también.

GERMÁN.— No queda más, voy a abrir otra botella.

*Vuelve el silencio mientras GERMÁN descorcha y sirve.*

DANIEL.— *(Recogiendo la copa llena.)* Gracias. *(Bebe deprisa, trasiega.)* Los celos de Luisa. ¿Qué quiere decir eso exactamente? ¿Quién sentía celos? Nunca he tenido clara la sintaxis en este asunto.

GERMÁN.— Yo. Yo sentía celos.

DANIEL.— ¿De quién?

GERMÁN.— De Luisa.

DANIEL.— *(Insistiendo en pedir una explicación.)* De que yo te hubiera quitado a Luisa.

GERMÁN.— Yo nunca estuve con Luisa.

DANIEL.— Bueno, de que yo te hubiera quitado la posibilidad de estar con Luisa.

*Silencio. Los dos se miran. GERMÁN deja su copa en la mesa. Enreda con las*

*manos, nervioso. Por fin niega muy rápidamente con la cabeza. El silencio se extiende.* DANIEL *va abriendo la boca con gesto de estupor a medida que comprende.*

DANIEL.— ¿Tú…? ¿Tú…?
GERMÁN.— Sí.
DANIEL.— You were in love…?
GERMÁN.— Yes, I was.
DANIEL.— With me?
GERMÁN.— With you.

*DANIEL vuelve a pasear por la habitación como una fiera enjaulada. Se lleva las manos a la cabeza. Se detiene para mirar a GERMÁN y luego sigue paseando.*

DANIEL.— Qué barbaridad. Qué barbaridad. Esto es un disparate. *(Deteniéndose de golpe frente a GERMÁN, casi enfadado.)* ¿Y por qué tienes que decírmelo ahora, justo ahora? ¡Un año y ocho meses!
GERMÁN.— Dos años. Más de dos años. Cuando dejé de veros ya hacía tiempo que ocurría. Estos procesos son largos.
DANIEL.— ¡Dos años, lo que quieras! ¡Dos años y medio! ¿Por qué tienes la necesidad de contármelo ahora, dos años y medio después? Me citas solemnemente, me invitas a tu casa, me emborrachas… y me cuentas eso.
GERMÁN.— No te he emborrachado.
DANIEL.— *(Bebiendo.)* Todavía.
GERMÁN.— *(Bebiendo a su vez.)* Brindemos entonces.
DANIEL.— La mentira es un gesto de civilización, Germán. O ni siquiera la mentira: el silencio, el simple silencio. No sé por qué me tienes que contar esto ahora. La verdad está sobrevalorada.
GERMÁN.— En eso estamos de acuerdo. Absolutamente de acuerdo.
DANIEL.— ¿Entonces que querías? ¿Qué esperabas conseguir contándomelo? ¿Qué olvidáramos ese tiempo triste de separación? Pues habría bastado con que quedáramos para tomar unos vinos y nos contáramos todas las ocurrencias de estos meses. Y ya. Amigos otra vez. Tú con tu secreto y yo con mi ignorancia. Pero ahora…, ahora…, ahora no puedo dejar de pensar en lo que no puedo pensar.
GERMÁN.— Te he hecho venir precisamente para que pienses en lo que no puedes pensar.
DANIEL.— ¿Para qué, para joderme? ¿Para hacerme daño? Yo no te debo nada, que lo sepas, no tengo ninguna deuda contigo. Me enamoré de Luisa, que era una mujer, y salí con ella durante un tiempo. No hubo ambigüedad ni sonrisitas ni mariconadas, perdona que te lo diga.

GERMÁN.— No te he llamado sólo para contarte esto. Soy una persona madura, sé distinguir bien los actos necesarios de los innecesarios.

DANIEL.— *(Inquieto.)* Entonces aún hay más.

GERMÁN.— *(Ratificando.)* Mucho más. *(Con la mano le señala uno de los sillones. Tras unos instantes de vacilación, DANIEL se sienta. GERMÁN se sienta frente a él y se toma su tiempo.)* Estos líos ocurren. Uno no los planifica. Pasa y pasa. Poco a poco. Un buen día te das cuenta de una cosa, la semana siguiente notas algo…, y al final, cuando menos te lo esperas, ya. Ya está. Ha ocurrido. A ti seguro que te ha pasado también alguna vez. Con Luisa, por ejemplo.

DANIEL.— *(Paciente.)* Me ha pasado. Alguna vez. Estas cosas son así.

GERMÁN.— Entonces puedes entenderme.

DANIEL.— Puedo entenderte. Pero no sé cuál es la necesidad de hacerlo delante de ti. ¿Qué quieres, que te perdone?

GERMÁN.— ¿Que me perdones por qué?

DANIEL.— *(Arrepentido.)* No he querido decir eso.

GERMÁN.— No has querido decirlo pero lo has dicho. Eso demuestra que lo piensas. Crees que te debo una disculpa, que he hecho algo que te ofende, o que te mancha.

DANIEL.— Mira, ya no sé lo que creo ni lo que dejo de creer. Pero esto no es fácil para mí. Si quieres que me vaya, me voy. Me acabo la copa de vino, nos despedimos civilizadamente y salgo por esa puerta. No he venido aquí a discutir.

GERMÁN.— No, no quiero que te vayas. Te he llamado para hablar contigo y para proponerte algo. Llevo muchas semanas pensando en ello y por fin me he decidido, no me voy a echar para atrás ahora.

DANIEL.— Adelante entonces.

GERMÁN.— Verás, un buen día me di cuenta de lo que había pasado.

DANIEL.— Estaría mejor si no anduviéramos con rodeos y vaguedades. A veces provocan malentendidos. ¿Qué es lo que había pasado?

GERMÁN.— *(Con esfuerzo.)* Un buen día me di cuenta de que me había enamorado de ti. De que quería pasarme el día robando cámaras de fotos contigo. O robando bancos, como Bonnie and Clyde. Me di cuenta de que mis sentimientos ya no eran tan simples. Probablemente era así desde hacía tiempo, pero yo lo noté sólo cuando empezaste a salir con Luisa. Antes estábamos siempre juntos y te tenía a mi lado cuando quería.

DANIEL.— Nunca me dijiste que te gustaban… *(Se interrumpe.)*

GERMÁN.— Sin rodeos ni vaguedades. Nunca te dije que me gustaban los hombres porque no estaba seguro de lo que pensarías de mí. Traté de contártelo muchas veces, pero en el último momento siempre me acojonaba. Y además no tenía ninguna necesidad de hacerlo. Eras mi mejor amigo, lo pasábamos bien juntos y no quería estropearlo por nada del mundo. Sabía

que algún día tendría que hablarte de eso, pero no había ninguna prisa. No era nada importante, en realidad, no había mucho que explicar. Yo no tenía novios ni tenía casi amantes, era una parte menor de mi vida.

DANIEL.— ¿Una parte menor?

GERMÁN.— A mí me lo parecía. Una parte menor y complicada. Prefería esperar al momento en que no quedara más remedio.

DANIEL.— ¿Y qué habría pensado yo en ese momento en que no quedara más remedio? ¿Crees que me habría sentido bien?

GERMÁN.— Tal vez no. Pero siempre vivimos así, retrasando los momentos complicados.

DANIEL.— No siempre.

GERMÁN.— El hecho es que no te dije nada. Pensé: «Cuando me enamore, se lo diré y ya está, lo entenderá todo». Pero claro, no imaginaba de quién me iba a enamorar.

DANIEL.— De mí.

GERMÁN.— De ti.

DANIEL.— Ponme más vino.

GERMÁN.— *(Sirviendo las dos copas.)* No era la primera vez que te liabas con una chica, pero era la primera vez que lo hacías con tanta seriedad. Hasta ese momento habían sido rollos para divertirte, nada más. Luisa fue diferente, lo vi desde el primer día. Estabas completamente colgado por ella. Te había lavado el cerebro.

DANIEL.— Me había lavado el corazón, si me permites la cursilería. Pero no seas melodramático, por favor. No creo que fuera para tanto. Seguí saliendo, seguí viendo a mis amigos.

GERMÁN.— Pero de otra forma. *(Con ironía.)* Estabas de cuerpo presente, pero tu espíritu andaba por otra parte. Da igual, no es un reproche. El amor es el amor. El caso es que cuando empezaste a salir con Luisa me di cuenta de golpe de lo que iba a perder. Sentí celos, unos celos terribles. Tú creías que eran de ti, pero eran de ella. Llegué a desear que se muriera, fíjate, que la atropellara un camión y la dejara aplastada como una hoja. Ya sé que es miserable, pero a estas alturas no voy a hacer alarde de abnegación.

DANIEL.— Luisa te quería mucho.

GERMÁN.— No jodas, Daniel. Luisa me detestaba. Nunca lo disimuló. Te voy a confesar una cosa: en una ocasión llegué a pensar que se había dado cuenta de que yo estaba enamorado de ti y que por eso empezó a salir contigo. Para reventarme los cojones.

DANIEL.— Estás paranoico. Y no sé adónde quieres ir a parar.

GERMÁN.— Es verdad, tienes razón. Todo esto no tiene nada que ver con mi proposición.

DANIEL.— Estás empezando a ponerme nervioso. Mejor dicho: me has puesto ya nervioso.

GERMÁN.— Lo siento. Continúo. Te liaste con Luisa y yo me di cuenta entonces de que lo que sentía por ti no era simplemente amistad. Me di cuenta de que me moría de tristeza cada vez que pensaba en ti y de que me temblaban hasta los huesos cuando estábamos juntos. Entonces dejé ya de contarme mentiras. Me quedaba mirándote y se me acababa la respiración. *(Ensoñador.)* ¡Eras tan guapo, Daniel! Te ponías esas camisetas ajustadas que te marcaban el pecho, como un gimnasta, y los pantalones vaqueros que se ceñían en el culo…

DANIEL.— *(Interrumpiendo.)* No hace falta entrar en detalles. He entendido perfectamente la idea.

GERMÁN.— *(Mucho más desinhibido que al principio.)* Sí hace falta entrar en detalles. Justamente te he llamado para hablar de los detalles. Son los detalles los que no me dejan vivir.

DANIEL.— Los detalles me dan un poco de vergüenza.

GERMÁN.— Pues te la aguantas. Yo estaba enamorado de ti, sí; yo no hacía más que fantasear con que viajáramos juntos, con que leyéramos libros juntos, con que robáramos bancos juntos, con que compartiéramos reuniones con amigos, paseos y puestas de sol. Mucho amor, sí, pero lo que más hacía era masturbarme. Lo que me estaba volviendo loco era tu pecho de gimnasta, tu culo estrecho, tus labios grandes, tus piernas musculosas y…

DANIEL.— *(Levantándose del sillón y apartándose.)* No sigas, por favor, no sigas.

GERMÁN.— …y tu polla.

DANIEL.— *(Gritando con aspavientos.)* ¡No quiero oírlo!

GERMÁN.— *(Después de una pausa, muy tranquilo.)* Tu polla. Más de dos años pensando en tu polla, volviéndome loco con tu polla y masturbándome con las fantasías de tu polla. ¿Sabes lo que es eso?

DANIEL.— Cielo santo.

GERMÁN.— El sexo es como un veneno. Se mete en la sangre, recorre todo el cuerpo y se queda pegado al cerebro, igual que un parásito. Todo lo demás desaparece. Los viajes, los libros, las reuniones con amigos y las puestas de sol.

DANIEL.— Germán, escúchame: no-quiero-saberlo.

GERMÁN.— Tienes que saberlo. Tienes que saberlo para poder comprender bien lo que voy a pedirte. Además, esto no es una cosa que me haya pasado sólo a mí. Le pasa a todo el mundo. ¿Tú no has tenido nunca esa sensación de que tu cerebro es una papilla viscosa que sólo piensa en el sexo? En felaciones, en coitos, en orgías…

DANIEL.— No, nunca he tenido esa sensación. Debo de ser un puritano.

GERMÁN.— ¡Mentira! ¿Crees que ya no me acuerdo de las cosas que me contabas? «Mira qué buena está Marian, qué tetas tiene Araceli, me quiero follar a Luisa, me la pone muy dura Rosa, me voy a matar a pajas con

Mamen». Tú tienes un cerebro como el mío: papilla viscosa.

DANIEL.— Eso era una forma de hablar. Claro que me gusta follar, sólo faltaría. Me gusta mucho. Pero no estoy obsesionado, yo puedo pensar en otras cosas.

GERMÁN.— ¡Mentira! ¡Otra mentira! ¿De qué me hablabas cuando te estabas enamorando de Luisa y todavía no te la habías follado? ¿De paseos románticos? ¿De los museos que querías visitar con ella? ¿Del brillo de inteligencia de sus ojos? ¡No! Me hablabas de sus pezones tiesos, del culo prieto que tenía cuando se ponía pantalones, del color de sus bragas y de lo húmedo que querías ponerle el coño para tirártela hasta atravesarle los pulmones.

DANIEL.— ¡Qué barbaridad!

GERMÁN.— Eso digo yo: ¡qué barbaridad! Pero no te las des de sentimental ni de galán idealista. Eres como todos, como yo: una polla con forma humana.

DANIEL.— *(Encarándole.)* Vale, ¿y qué si es así? Ya está, me gusta follar. Me gusta mucho follar. Me he hecho miles de pajas pensando en Araceli, en Luisa y en Rosa. Y luego, además, me las he follado. ¿Qué pasa? ¿Adónde quieres llegar?

GERMÁN.— Quiero poder pensar en las puestas de sol.

*Silencio. DANIEL le mira con perplejidad. Sin decir nada, coge la copa de vino y la alza para que GERMÁN se la llene. GERMÁN apura primero la suya y llena las dos.*

DANIEL.— Las puestas de sol.

GERMÁN.— Yo pienso en las puestas de sol después de correrme.

DANIEL.— Has dejado de fumar.

GERMÁN.— Sí, he dejado de fumar. Pero cuando fumaba también pensaba en las puestas de sol después de correrme.

DANIEL.— *(Encogiéndose de hombros, divertido.)* A lo mejor es una cosa gay.

GERMÁN.— No es una cosa gay. Es una cosa biológica. Cuando el cerebro se relaja, empieza a pensar en lo que realmente le interesa. El semen lo oprime hasta aplastarlo, pero al desaparecer, todo vuelve a la normalidad.

DANIEL.— Espermocefalia.

GERMÁN.— Eyaculación.

DANIEL.— Eyaculación.

GERMÁN.— Tienes que ayudarme.

DANIEL.— *(Sorprendido, algo borracho.)* ¿Yo?

GERMÁN.— Sólo puedes ayudarme tú. Necesito volver a ser una persona normal, a llevar una vida corriente, a hacer las cosas que me gustan. Necesito poder tener planes de futuro.

DANIEL.— Estás empezando a asustarme.

GERMÁN.— No, no te asustes. Es algo muy sencillo.

DANIEL.— ¿Cómo de sencillo?

GERMÁN.— Mientras siga obsesionado contigo no voy a volver a ser feliz. Lo he intentado de todas las maneras. En este tiempo he tenido amantes, no te vayas a creer. Muchos amantes. Decenas de amantes. He tenido incluso una especie de novio. Y nada.

DANIEL.— ¿Nada?

GERMÁN.— Nada de nada. No dejaba de pensar en ti. Pero no en ti con puestas de sol. En tu polla.

DANIEL.— ¡Qué barbaridad!

GERMÁN.— Yo sé que la educación católica nos hace ver el sexo de un modo culpable, como si fuera un delito…

DANIEL.— No me des la murga con esas cosas. No he tenido ninguna educación católica.

GERMÁN.— *(Sin escucharle.)* …y sé que te estoy escandalizando con todo esto. Pero el sexo no es así, Daniel. No es pecado, no es algo malo, no hay por qué avergonzarse de él.

DANIEL.— Yo no tengo de qué avergonzarme, yo no me avergüenzo.

GERMÁN.— Pues te has puesto rojo.

DANIEL.— Pero es otro tipo de vergüenza.

GERMÁN.— Es la ñoñería religiosa, no te engañes. ¿Te habrías puesto rojo si yo te hubiera dicho que no podía dejar de pensar… en tu voz?

DANIEL.— *(Reaccionando.)* Pues sí, probablemente me habría puesto también rojo. Pero estarás de acuerdo conmigo en que no es lo mismo la voz que la polla, y no por las ñoñerías religiosas, precisamente. Mis padres son ateos, ni siquiera estoy bautizado.

GERMÁN.— No hace falta estar bautizado para tener la cabeza llena de mierda.

DANIEL.— *(Levantándose.)* En fin, creo que es mejor que me vaya.

GERMÁN.— No, espera. Espera. No puedo quedarme a la mitad. Ya que me he atrevido a contártelo, tengo que acabar. Necesito que me ayudes. No puedo seguir así ni un minuto más.

DANIEL.— ¿Así cómo?

GERMÁN.— Así… así.

DANIEL.— ¿Así cómo?

GERMÁN.— Sin dormir, sin comer, sin pensar en otra cosa. Esto es como un tumor. Hay que extirparlo o te mata.

DANIEL.— ¿Y yo soy el cirujano?

GERMÁN.— Algo así.

DANIEL.— *(Moviéndose hacia la puerta.)* Sigo creyendo que es mejor que me vaya. No se me da bien el bisturí.

GERMÁN.— *(Sujetándole por un brazo, interponiéndose.)* Espera, por favor.

DANIEL.— Suelta lo que tengas que soltar o suéltame a mí.

*Hay una pausa. Se miran uno al otro fijamente.*

GERMÁN.— *(Atemorizado, con cautela.)* Necesito que me dejes hacerte una felación.

DANIEL.— *(Después de unos instantes de estupor, con los ojos desorbitados.)* ¡Tú estás loco! O no, no estás loco: esto es una broma pesada, dime la verdad. ¿Hay cámaras? *(Mirando a los cuatro lados de la habitación.)* Es eso, ¿no? Una inocentada para colgarla luego en internet. El otro día me mandaron un vídeo parecido: una mujer se iba a confesar a una iglesia y el cura estaba dentro del confesionario sólo con la estola puesta. No te quiero contar cómo acababa todo.

GERMÁN.— Esto no es una broma. No hay cámaras. Revisa lo que quieras.

DANIEL.— Ahora hacen unas cámaras microscópicas que no hay quien encuentre. Se puede ser espía profesional con una inversión pequeñísima. *(Silencio, se miran, GERMÁN niega con la cabeza.)* Pero ¿tú te has vuelto gilipollas? ¿Tú te crees que puedes invitarme a tu casa después de dos años sin vernos para decirme que quieres comerme la polla?

GERMÁN.— Hacerte una felación.

DANIEL.— ¡Comerme la polla, joder! Las felaciones se hacen en las puestas de sol.

GERMÁN.— Lo necesito. Tómalo como quieras, pero lo necesito. Si no lo hago me voy a morir.

DANIEL.— *(Irónico.)* O sea que voy a convertirme en un asesino.

GERMÁN.— Perdóname, Daniel, perdóname. No puedo hacer otra cosa. *(Le da el sacacorchos.)* Toma, sácame el cerebro, vacíamelo, y acabamos con el problema. Elige.

*DANIEL coge el sacacorchos y lo tira al suelo, contrariado.*

DANIEL.— Estás como una puta cabra. De lo que tienes el cerebro lleno es de semen.

GERMÁN.— Atrévete a comprobarlo.

DANIEL.— Me voy.

GERMÁN.— *(Interponiéndose de nuevo.)* No. Eso no. Si hemos llegado hasta aquí tenemos que cerrar este asunto.

DANIEL.— Comiéndome la polla.

GERMÁN.— Sería lo ideal. ¿Qué trabajo te cuesta a ti? Parece como si te estuviera pidiendo que saltaras por la ventana o que te follaras a una gallina.

DANIEL.— Me habría escandalizado menos, lo de la gallina.

GERMÁN.— La mierda católica.

DANIEL.— Pues mira, puede ser. No soy tan moderno como tú.

GERMÁN.— No es un asunto de modernidades. Es un asunto de amor.

DANIEL.— Si es un asunto de amor, coge la chaqueta, paramos un taxi y nos vamos a las Vistillas. *(Mirando el reloj.)* Son las siete, todavía llegamos a la puesta de sol, que allí es magnífica.

GERMÁN.— *(Tajante, serio.)* No te burles más. Stop. Te lo he explicado y sé que lo entiendes. A ti te ha pasado lo mismo muchas veces. Compórtate como una persona civilizada y trata de levantarte un palmo del suelo. ¿Cuál es el mal? Yo obtengo un beneficio, tú obtienes placer…

DANIEL.— ¡Yo no obtengo placer!

GERMÁN.— Soy muy bueno, ya lo verás.

DANIEL.— *(Desesperado, dando vueltas por la habitación.)* Esto es increíble. Alucinante.

GERMÁN.— Dame una razón. Una sola razón.

DANIEL.— ¿Una? Puedo darte miles.

GERMÁN.— Una.

DANIEL.— Eres mi amigo, y no puedo dejar que un amigo me coma la polla.

GERMÁN.— ¿Por qué no? ¿Qué tipo de prejuicio es ése? ¿Por qué no puedes dejar que un amigo te coma la polla? ¿En qué libro sagrado está escrito ese mandamiento? Además, ya no somos amigos. Yo no soy tu amigo. Si aceptas lo que te propongo, puede ser que lo siga siendo o que vuelva a serlo. Si no, ten la seguridad de que se acabó nuestra amistad. Hace dos años que no nos vemos, ya no tenemos nada en común. Piensa que no nos conocemos, que soy un desconocido.

DANIEL.— ¿Y tú crees que a un desconocido sí le dejo que me coma la polla?

GERMÁN.— Depende. Si te lo pide compasivamente, como yo te lo pido, deberías dejarle. Antes tú eras miembro de Amnistía Internacional, de Médicos del Mundo y de Greenpeace. *(DANIEL vuelve a mirarle con ojos desorbitados, perplejo.)* Siempre te ha gustado hacer el bien. O tener buena conciencia, que para el caso es lo mismo. Lo que cuenta es el resultado. ¿Te sobra el dinero? Pues no, o al menos antes no te sobraba, pero pagas todos los meses las cuotas para que liberen a un preso político, para curar a un enfermo de malaria en Zambia o para salvar a las ballenas del océano Índico. Si haces ese esfuerzo por bondad, o por compasión, o por solidaridad, ¿no vas a ser capaz de hacer un esfuerzo mucho más insignificante por mí, que he sido tu amigo del alma durante tantos años?

DANIEL.— ¿Mucho más insignificante? ¿Te parece insignificante dejar que te coman la polla?

GERMÁN.— Peor que insignificante: me parece maravilloso. Ojalá fueran así todos los sacrificios que tenemos que hacer. Si liberaran a un preso político

por cada mamada que nos dejamos hacer, el mundo entero sería un ejemplo de respeto a los derechos humanos.

DANIEL.— ¡Pero tú estás gilipollas! ¡Hay mamadas y mamadas!

GERMÁN.— Claro que hay mamadas y mamadas, pero todas son buenas.

DANIEL.— Mira, si Greenpeace me cambia la cuota mensual por una mamada, o por diez mamadas, no tengo ningún inconveniente. ¡Pero tú eres mi amigo!

GERMÁN.— Más a mi favor. Necesito tu ayuda mucho más que un preso político turco. Y además la recompensa va a ser inmediata, vas a verla tú mismo con tus ojos. ¿Quién te dice que los cincuenta euros de tu cuota de Greenpeace han servido para salvar una ballena? Nadie. ¿Dónde está la ballena, te la enseñan? Aquí en cambio vas a ver mi curación, vas a ser testigo de cómo me salvo.

DANIEL.— Tú no necesitas una polla, necesitas un psiquiatra.

GERMÁN.— Ya lo tengo. Desde hace dos años. Desde que me enamoré de ti.

DANIEL.— ¿Y le has contado lo de la mamada?

GERMÁN.— Fue él quien me lo propuso. Dice que es la última esperanza. Dice que mi caso es un caso grave, que no ha visto nada igual en toda su carrera, y lleva ejerciendo muchos años. Lo ha intentado todo: terapia, medicación suave, medicación fuerte… Y nada. Siempre volvemos al punto de partida, al mismo laberinto. «Germán», me dijo un día, «lo único que puede salvarte de esa obsesión es enfrentarla cara a cara». «¿Qué quiere decir enfrentarla cara a cara?», le pregunté yo. Y entonces me explicó que los deseos insatisfechos se van engordando en la cabeza y se enquistan. *(Citando.)* Se producen flujos de pensamiento patológicos que bloquean la actividad emocional.

DANIEL.— Y el bloqueo se remedia follando. Psicoanálisis puro.

GERMÁN.— El bloqueo se remedia comprobando que las ilusiones creadas son falsas.

DANIEL.— *(Suspicaz.)* ¿Falsas? ¿A qué te refieres?

GERMÁN.— A que la experiencia sublime con la que he fantaseado tantas veces dejará de ser fantasía y sólo quedará la realidad: que a ti te gustan las mujeres y que nunca te vas a enamorar de mí. Sería como si desaparecieras de repente.

DANIEL.— A ese psiquiatra te lo has inventado.

GERMÁN.— *(Alargándole el móvil.)* Te doy su teléfono si quieres y le llamas. Sabe que hoy es el día D. Está pendiente de mis noticias. Tiene todas las esperanzas puestas en ti.

DANIEL.— *(Decidido.)* Me voy. Déjame salir, por favor.

GERMÁN.— Si te vas me mato.

DANIEL.— Eso es asunto tuyo. Tuyo y de tu psiquiatra.

GERMÁN.— Te lo tomas a broma, pero estoy hablando muy en serio.

DANIEL.— No me tomo a broma nada, pero las cosas en la vida tienen sus

proporciones. Apréndelo, que ya no eres un niño.
GERMÁN.— ¿Y cuáles son esas proporciones?
DANIEL.— Déjame salir.

*DANIEL está a pocos centímetros de GERMÁN, que se interpone entre él y la puerta. Se miran desafiantemente. En una sucesión de movimientos muy rápidos, GERMÁN se aparta, va hasta un estante donde hay un vaso medio lleno con algo, se lo vuelca en la boca, bebe vino apresuradamente y traga.*

GERMÁN.— *(Solemne.)* Ya está. Puedes irte.
DANIEL.— *(Que no ha tenido tiempo de reaccionar y que comienza a entender.)* ¿Qué has hecho? ¿Qué es eso que te has tomado?
GERMÁN.— ¿A ti qué más te da?
DANIEL.— ¿Qué es eso que te has tomado?
GERMÁN.— ¿Qué quieres saber? ¿La marca? Orfidales. Los que llevo tomando desde hace dos años. Si voy a tener que seguir tomándolos, prefiero hacerlo de golpe y ahorrarme más penalidades.
DANIEL.— Es mentira, no son orfidales. *(Inseguro, titubeando.)* Enséñame las cajas. (*GERMÁN busca en un rincón o en una papelera y saca las tabletas vacías y las cajas, se las entrega.)*
GERMÁN.— Sesenta pastillas. Dos cajas.

*DANIEL, nervioso, saca su móvil y comienza a marcar mientras murmura: «Eres un puto loco, un puto loco».*

DANIEL.— *(Al teléfono.)* Por favor, ¿puede darme el teléfono de emergencias? […] Emergencias sanitarias, necesito una ambulancia. […] Gracias, muchas gracias. *(Cuelga y vuelve a marcar.)*
GERMÁN.— No te va a dar tiempo. Tienes treinta segundos más, un minuto como mucho. Luego entraré en coma.
DANIEL.— *(Asustado, mientras vuelve a ponerse el teléfono en la oreja.)* Eres un puto loco. Sácate todas esas pastillas del estómago.
GERMÁN.— Todavía estoy a tiempo de hacerlo. Basta con que tú me digas que me salvarás.
DANIEL.— *(Al teléfono, que comunica.)* ¡Joder, vaya emergencias! *(Vuelve a marcar. A GERMÁN.)* Vomítalas, hostia.
GERMÁN.— Dime que no te irás. Dime que vas a tratar de entenderme.
DANIEL.— ¡Vomítalas!
GERMÁN.— *(Sentándose en el brazo del sillón y entrecerrando los ojos.)* Ya empiezo a dormirme.
DANIEL.— *(Tirando el teléfono.)* ¡La puta madre que los parió! *(Va hasta donde*

*está GERMÁN y forcejea con él, tratando de meterle los dedos en la boca. GERMÁN se resiste.)*

GERMÁN.— Dime que no te irás.

DANIEL.— ¡No me iré, joder, no me iré, pero vomítalas de una puta vez!

GERMÁN.— ¿Lo dices en serio?

DANIEL.— Enciérrame con llave si quieres.

*GERMÁN corre hacia una puerta, la del baño, entra y cierra. Durante unos minutos escuchamos —amortiguados— los ruidos de sus toses, sus vómitos provocados. DANIEL se acerca a la puerta e intenta entrar, la aporrea.*

DANIEL.— *(Gritando.)* ¿Estás bien? ¿Necesitas ayuda?

GERMÁN.— *(Después de unos instantes.)* No. Estoy bien.

*DANIEL pasea histérico por la habitación, de un lado a otro. Bebe. Examina el teléfono que ha arrojado hace unos segundos. Golpea otra vez la puerta. Vuelve a beber. Se oye la cadena del retrete y luego el chorro del grifo. GERMÁN se asoma un momento, con cara demacrada. DANIEL va hacia él, preocupado.*

GERMÁN.— Voy a cepillarme los dientes. No quiero estar sucio.

DANIEL.— ¿No quieres estar sucio para qué?

GERMÁN.— Sírvete un poco más de vino y espérame, anda.

*Desaparece de nuevo por el baño y vuelven a oírse los ruidos de la higiene. DANIEL, en efecto, se sirve más vino y se sienta, relajado.*

DANIEL.— *(Aliviado pero serio, sin complacencia. En su voz hay un cariño nostálgico que no puede esconder.)* La verdad es que has sido un puto loco toda tu vida. No es la primera vez que intentas suicidarte. Ni la segunda. Cuando tu madre descubrió que habías falsificado las notas en el colegio también lo intentaste. Pero aquella vez en vez de orfidal usaste antigripales. Y cuando te expulsaron del equipo de fútbol y te cortaste las muñecas con un cuchillo oxidado. A las venas no te atreviste a llegar, pero te podías haber muerto por el tétanos. *(Pausa.)* ¡Siempre ese sentimiento trágico de todo! ¡Siempre esa sensación de que se acaba el mundo, de que no hay remedio para ningún mal! ¿Le has contado todo eso a tu psiquiatra? ¿Le has contado que cuando se te inflamó el apéndice a los veinte años hiciste testamento? *(Pausa. Bebe.)* La puta madre que te parió. ¿No puedes ser una persona normal?

GERMÁN.— *(Reapareciendo.)* Soy una persona normal. Ése es precisamente mi problema.

DANIEL.— *(Irónico.)* Normal. Absolutamente normal. Con un vaso de

orfidales preparado por si acaso.

GERMÁN.— Las personas normales sufren.

DANIEL.— Las personas normales sufren de una forma más civilizada.

GERMÁN.— *(Devolviendo la ironía.)* ¡Qué magnífica metáfora! ¡Qué oxímoron: sufrir de forma civilizada! ¡Sufrir con termómetro! Eso dice mucho de ti y de tu forma de ver el mundo.

DANIEL.— ¿Crees que eres el único que ha sufrido?

GERMÁN.— Estoy seguro de que sí. Soy el primer hombre en toda la historia universal que ha sufrido.

*Coge la copa y la botella y va a servirse. DANIEL le detiene apresuradamente.*

DANIEL.— Ni se te ocurra beber. Acabas de meterte en el cuerpo sesenta tranquilizantes y algo se habrá disuelto. Si te tomas una copa de vino estalla la bomba.

GERMÁN.— Tienes razón. La bomba no puede estallar justo ahora.

DANIEL.— Justo ahora ¿cuándo?

GERMÁN.— Ahora que tienes que cumplir tu promesa.

DANIEL.— Yo no he hecho ninguna promesa.

GERMÁN.— Has prometido que me salvarías, que tratarías de comprenderme.

DANIEL.— He tratado de comprenderte desde el primer momento.

GERMÁN.— No es verdad. Crees que soy un puto loco, un chiflado delirante.

DANIEL.— Es que puede que lo seas. Reconoce que llamar a un amigo de toda la vida para comerle la polla no es la mejor prueba de salud mental.

GERMÁN.— ¿Ves? Ya empiezas otra vez.

DANIEL.— Has sido tú quien ha empezado.

GERMÁN.— *(Orgulloso.)* Está bien. Vete. ¡Vete! Ya está claro que no puedo contar contigo.

DANIEL.— Puedes contar conmigo. Quiero que cuentes conmigo. Pero no de esa forma.

GERMÁN.— Es la única forma posible. Las demás formas ya las he intentado.

DANIEL.— No es verdad que lo hayas intentado. No me has llamado nunca para hablar, no hemos tenido ocasión de discutir tus problemas.

GERMÁN.— Encima. ¿Tú te imaginas lo que habría sido de mí si además nos hubiéramos visto de vez en cuando, si hubiera estado por ahí contigo y con Luisa mirando cómo le tocabas las tetas?

DANIEL.— Nunca le he tocado las tetas a Luisa en público.

GERMÁN.— Da igual, yo me lo habría imaginado.

DANIEL.— Ése es tu problema: que te imaginas demasiadas cosas.

GERMÁN.— Sin duda, ése es mi problema. Me lo imagino todo. Lo hincho todo, lo exagero todo, convierto todo en monstruoso. Ése es mi problema,

menos mal que por fin lo entiendes. Y precisamente por eso quiero resolverlo de una puta vez. Si no tuviera ese problema no te habría llamado. Si en vez de pasarme el día obsesionado con mis delirios pudiera escribir novelas o tomarme una píldora mágica y pensar en otra cosa, no te habría llamado. Pero está bien, lo he entendido, tengo que apañarme solo. Puedes irte, ya no tenemos nada de qué hablar.

DANIEL.— ¿Tú harías algo como lo que me estás pidiendo?

GERMÁN.— *(Atento, decidido.)* ¡Por supuesto! Con los ojos cerrados.

DANIEL.— Con una chica.

GERMÁN.— Con quien lo necesitara.

DANIEL.— Con Maleni.

GERMÁN.— *(Un poco sorprendido, desconcertado.)* ¿Maleni? ¿Por qué dices eso? Maleni no lo necesita.

DANIEL.— Tal vez, no lo sé. Pero desde que le diste calabazas no ha vuelto a mantener ninguna relación… digamos «respetable». Antes era una chica bastante formal, ya lo sabes tú. Y ahora va de cama en cama y parece una loca.

GERMÁN.— No voy a tener yo la culpa.

DANIEL.— *(Malicioso.)* Es muy probable que no. A mí ni se me había pasado por la cabeza antes de que me contaras todo lo que me has contado. Pero ahora… quién sabe. A lo mejor tiene «flujos de pensamiento patológicos que bloquean su actividad emocional».

GERMÁN.— Qué gilipollez.

DANIEL.— Eso es lo que yo pensé hace un rato. Qué gilipollez. Pero a lo mejor éste es un momento decisivo para la historia de la ciencia y estamos inaugurando sin saberlo una nueva forma de hacer terapia que revolucione el mundo de la psiquiatría. *(Con solemnidad burlona.)* La terapia sexual reconductiva.

GERMÁN.— Estás vacilándome. Te estás riendo de mí.

DANIEL.— No, en absoluto. Sólo quiero comprobar que no te estás riendo tú de mí. Que crees de verdad en lo que dices.

GERMÁN.— Lo creo sin ningún género de dudas. A ciegas.

DANIEL.— *(Sacando su teléfono móvil, hurgando en él y alargándoselo a GERMÁN.)* Entonces puedes llamar a Maleni.

GERMÁN.— ¿Esto qué es, una amenaza?

DANIEL.— Sólo una comprobación. Y una socialización de la terapia.

*GERMÁN duda, mira alternativamente al móvil en la mano extendida de DANIEL y a los ojos de éste. Hay una cierta expresión de resentimiento. Por fin coge el teléfono.*

GERMÁN.— ¿Qué quieres que le diga?

DANIEL.— *(Encogiéndose de hombros.)* Algo que la alivie de sus tormentos.

GERMÁN.— ¿Quieres que le coma el coño?

DANIEL.— *(Inmutable.)* No creo que, así por teléfono, le parezca bien. Quizás algo más sutil que le dé pie a imaginar que esa circunstancia es posible.

*GERMÁN marca y espera que le descuelguen. DANIEL le observa impasible.*

GERMÁN.— ¿Maleni? […] No, no soy Daniel, soy Germán. […] Germán Alonso. *(Gesticulándole a DANIEL, con reprobación por el error de llamar desde su teléfono.)* No, ¿sabes lo que pasa? *(Improvisando.)* Que… que… se ha dejado el teléfono olvidado en mi casa y me he puesto a buscar en la agenda los números de algunos amigos que tenía perdidos. Y así he encontrado el tuyo. […] Sí, sí, lo había perdido. De hecho hacía mucho tiempo que quería llamarte, pero me robaron el móvil y perdí todos los números. Por eso no he podido hacerlo antes. […] *(Riendo.)* Pufff, pues hará por lo menos dos años. […] ¿Un año y ocho meses? *(DANIEL asiente, confirmando su teoría.)* Puede ser, puede ser, yo soy muy desmemoriado. […] Verás, te llamaba para preguntarte si querrías que nos viéramos una tarde. Para tomar una cerveza y ponernos un poco al día. *(DANIEL niega ostensiblemente, gesticula con las manos indicando que quiere más.)* Una cerveza o varias cervezas. *(Con una risa forzada.)* Porque tenemos mucho que contarnos, después de tanto tiempo. *(DANIEL sigue negando y haciendo aspavientos. GERMÁN le mira interrogativo.)* Espera, espera, Maleni. *(Tapa el auricular y habla en sordina.)* ¿Qué coño quieres que haga? ¿Sexo telefónico?

DANIEL.— *(También en sordina.)* Invítala a venir ahora. Aquí. Vive cerca.

GERMÁN.— ¿Ahora? ¡Tú estás loco! Llevamos dos años sin vernos: si la invito a que venga ahora mismo a mi casa va a pensar que soy un psicópata.

DANIEL.— Eres un psicópata. Ya sabía que ibas de farol. ¿Tú crees que voy a dejar que me comas la polla por una simple conversación telefónica?

GERMÁN.— ¿Querías comprobar mi disposición o solamente putearme?

DANIEL.— Ése es el trato. O lo tomas o lo dejas.

GERMÁN.— *(Incrédulo.)* O sea, ¿quieres que le pida a Maleni que venga aquí ahora y que me la folle mientras tú te vas a tomar un café al bar de la esquina? ¿Y te crees que voy a confiar en que luego volverás?

DANIEL.— *(Con la misma impasibilidad.)* Primero, no quiero que te la folles. Haz lo que tengas que hacer, lo dejo a tu criterio. Pero algo que elimine sus «flujos de pensamiento patológicos», eso sí. Segundo, yo no me voy de aquí. Me escondo donde tú me digas, pero no me voy. Tengo que verlo con mis propios ojos, no me fiaría de tu… *(busca la palabra)* compasión. Y tercero, puedes confiar en mí plenamente. *(Comienza a desnudarse. Se quita los zapatos, la camisa, los pantalones. Se queda en calzoncillos.)* Soy un hombre de

palabra.

*GERMÁN le mira con una mezcla de deseo y de estupor. Está paralizado. DANIEL le hace un gesto para que reaccione: tiene a Maleni al teléfono.*

DANIEL.— *(Con ironía.)* Vamos a cambiar la historia de la psicología. Si tú quieres.
GERMÁN.— *(Al teléfono.)* Maleni, perdona, es que llamaron al timbre. […] No, no era Daniel en busca de su teléfono, era el portero. […] Mira, estoy pensando que tú vivías muy cerca de mi casa, éramos casi vecinos. Te podías venir ahora y tomábamos juntos un vino buenísimo que me han regalado. *(DANIEL le hace una señal de aprobación. A GERMÁN, al teléfono, le cambia el gesto, se le alivia, sonríe.)* Ah, que estás en el hospital cuidando a tu madre. Vaya putada. No sabes cuánto lo siento. Espero que no sea nada grave. […] *(DANIEL se agacha para recoger su camisa con el propósito de ponérsela, pero GERMÁN se lanza con rapidez y le quita toda la ropa caída, la pone fuera de su alcance.)* Pues lo que vamos a hacer entonces es que nos llamamos en unos días y buscamos una fecha que nos venga bien a los dos. Yo te reservo el vino buenísimo. […] Perfecto, Maleni, perfecto. […] Un abrazo muy grande. *(Mirando a DANIEL con intención.)* O mejor un beso, un beso muy grande.

*Cuelga. Están uno frente al otro. DANIEL en calzoncillos. GERMÁN con su ropa entre los brazos. Le lanza el teléfono móvil. DANIEL lo recoge en el aire.*

GERMÁN.— Yo he cumplido mi parte.
DANIEL.— Ni de coña. No has cumplido nada. Has hablado tres tonterías por teléfono.
GERMÁN.— Eres un cabrón. Un estafador. Sólo querías reírte de mí.
DANIEL.— No habrías llegado a nada con Maleni, estoy seguro. No puedes por las mismas razones que yo no puedo.
GERMÁN.— Tus razones son una mierda. Ya me las has dicho. Una mierda.
DANIEL.— Lo que son una mierda son tus fantasías terapéuticas.
GERMÁN.— *(Señalándole al sexo.)* Tienes ahí un trozo de carne que crees que es sagrado, pero ¿sabes una cosa? No es sagrado. No es el Santo Grial ni la varita de Merlín. Es una puta polla. Nada más. Sin misticismos ni hostias. Una polla, un rabo, un cipote, nada más.
DANIEL.— Pues antes me pareció que sí le veías algún misticismo.
GERMÁN.— *(Desencantado.)* Estamos dando vueltas como burros en la noria. Es mejor que te vayas. *(Tira la ropa a sus pies.)*
DANIEL.— No puedo irme, no me quedo tranquilo.
GERMÁN.— Me importa una mierda tu tranquilidad.

DANIEL.— ¿Qué vas a hacer?

GERMÁN.— Lo que tenga que hacer es cosa mía.

DANIEL.— Y mía. Eres mi mejor amigo, el único con el que puedo atracar bancos. ¿Tienes más orfidales?

GERMÁN.— Cinco cajas.

DANIEL.— ¡Cielo santo! ¿Cinco?

GERMÁN.— Cinco.

DANIEL.— Si me las das todas, me voy.

GERMÁN.— No seas mamarracho. Si quieres pastillas, vete a la farmacia. Y si lo que quieres es quedarte tranquilo, ya sabes cuál es la única solución. La única solución para mí y para ti.

DANIEL.— Eso no es una solución. No puede suceder. Ni siquiera llegaría a empalmarme, igual que tú no te habrías empalmado con Maleni.

GERMÁN.— *(Cambiando de repente de tono, atrapando el ofrecimiento.)* De acuerdo, estoy dispuesto a correr ese riesgo. Si no soy capaz de que te empalmes, te marchas con todas mis bendiciones y con las cinco cajas de orfidales.

DANIEL.— Oye, oye, para. No he dicho que vaya a hacerlo.

GERMÁN.— No lo has dicho, pero no quiero pretextos. Si no te excitas, es mi problema, asumo la culpa y me convenzo definitivamente de que la naturaleza es contraria a mis propósitos. Me curo.

DANIEL.— ¿Te curas? ¿Con un gatillazo?

GERMÁN.— Me curo con un gatillazo y me curo con una polla de toro. De las dos maneras me curo. Pero te aseguro que por tu parte hay muchas más probabilidades de lo segundo que de lo primero.

DANIEL.— ¿Y tú qué sabes?

GERMÁN.— Mírame. Soy un hombre, es verdad, pero soy un hombre medio guapo, proporcionado, joven, con los dientes cuidados, limpio, de rasgos simétricos… Yo creo que cualquiera, si pudiera elegir entre mí y Marifé, me elegiría a mí. Al margen de su tendencia sexual.

DANIEL.— *(Con un sobresalto.)* ¿Marifé? ¿Por qué hablas de Marifé?

GERMÁN.— Hablo de Marifé porque era mujer, sí, pero pesaba cien kilos, tenía el pelo grasiento, las tetas fláccidas, los ojos bizcos y una cicatriz en la mejilla. (*Hace una pausa.)* Y hablo de Marifé porque todo el mundo sabe que te la chupaba cuando necesitabas aliviarte. Una o dos veces por semana. Durante casi un año.

DANIEL.— *(Tapándose la cara con las manos.)* ¡Dios! ¡Dios!

GERMÁN.— ¿Te pensabas que no lo sabía? Lo sabe todo el mundo. Si la chica más fea del grupo puede chupársela al más guapo, ya se encarga ella de hacer la publicidad.

DANIEL.— *(Cerrando los ojos, tensando los brazos.)* ¡Qué zorra!

GERMÁN.— Pero no te avergüences, no pasa nada. Es justamente lo que te estoy diciendo: el sexo no tiene nada que ver con los sentimientos ni con las atracciones racionales, está en la cabeza. En la puta cabeza. Si Marifé era buena haciendo su trabajo, tú lo pasarías bien. Aunque la verdad es que tenía los dientes muy torcidos, y eso en una mamada tiene que notarse.

DANIEL.— No seas hijo de puta.

GERMÁN.— Seguro que conmigo disfrutas más. ¿Te la ha chupado alguna vez un tío? Lo hacemos mucho mejor. Primero por entrenamiento, porque tenemos menos remilgos y practicamos más. Y segundo por pura lógica anatómica: conocemos perfectamente cómo funciona una polla, por propia experiencia. Una tía, como mucho, lo conoce de oídas. De estudios clínicos o literarios. Y no hay comparación.

DANIEL.— ¡No puedo disfrutar! No sólo porque seas un tío: porque eres tú.

GERMÁN.— ¿En quién pensabas cuando te la chupaba Marifé? ¿En Luisa? ¿En Angelina Jolie? Pues hazlo ahora también. Yo no te pido que pienses en mí, ni siquiera te pido que me mientas. No me voy a enfadar si susurras otro nombre. Yo me concentro en lo mío y tú en lo tuyo.

DANIEL.— Pero ¿cómo puedes ser tan insensible?

GERMÁN.— El insensible no soy yo. El insensible eres tú, que serías capaz de dejarme morir antes de poner en cuestión tu virilidad. *(Cayendo de repente en la cuenta.)* ¿Es eso lo que te pasa? ¿Por eso te resistes tanto? ¿Tienes miedo de que te guste demasiado y de acabar descubriendo que eres tan maricón como yo?

DANIEL.— *(Enfadado.)* ¡Yo no soy maricón! Y no tengo ningún miedo de que me guste, joder.

GERMÁN.— ¿Te das cuenta de que te has quedado sin excusas? Has dejado que te la chupe un auténtico monstruo humano. Seguro que si seguimos indagando se descubren más cosas.

DANIEL.— *(Vencido, pero con irritación, agresivo, desafiante.)* Está bien. Vamos a terminar con esto. Si no, no sé dónde acabaremos llegando. Pero yo pongo las condiciones.

GERMÁN.— *(Con asombro, boquiabierto.)* Las condiciones que quieras.

DANIEL.— Primera: completamente a oscuras. Cierra todas las ventanas, apaga las luces. No quiero que se vea ni el color negro.

GERMÁN.— Contaba con ello. A oscuras completamente.

DANIEL.— Segunda: Ni una palabra. Yo no hablo, tú no hablas.

GERMÁN.— *(Asintiendo, con una cierta tristeza.)* ¿Dónde quieres que lo hagamos?

DANIEL.— ¿No habías pensado tú en eso? Yo, como podrás imaginar, no tenía un plan al respecto. *(Mirando la habitación.)* ¿Este sillón está bien? No sé cuáles son tus preferencias.

GERMÁN.— Mis preferencias son tus preferencias. El que tiene que disfrutar

eres tú. El sillón está perfecto. Tú sentado y yo delante, de rodillas.

DANIEL.— Cuando estemos terminando, ¿qué quieres que hagamos?

GERMÁN.— ¿A qué te refieres? *(DANIEL hace un gesto expresivo y GERMÁN entiende.)* Ah, no hace falta que hagamos nada. Tú relájate y déjate llevar. ¿Tienes… un tiempo determinado?

DANIEL.— ¿Quieres decir que si soy eyaculador precoz?

GERMÁN.— No, quiero decir que si tienes un tiempo determinado.

DANIEL.— Depende de muchos factores. Hoy supongo que será largo. ¿Tienes prisa?

GERMÁN.— Ninguna prisa. Tengo todo el tiempo del mundo. *(Pausa.)* ¿A qué llamas tú largo?

DANIEL.— Germán, no me pongas más nervioso. Quieres comerme la polla y vas a hacerlo. Yo pongo la polla, el resto lo tienes que poner tú.

GERMÁN.— *(Dócil, preocupado, melancólico.)* Está bien. Está bien. ¿Necesitas algo más? ¿Tienes alguna manía especial?

DANIEL.— Ninguna. Solo ten cuidado con los dientes.

GERMÁN.— Siempre tengo cuidado con los dientes. No soy un aficionado.

DANIEL.— Lo supongo. Era sólo por estar seguro.

GERMÁN.— ¿Quieres que me desnude yo?

DANIEL.— Salvo que te hayas puesto tetas en este tiempo, no es necesario, pero puedes hacer lo que quieras. Yo voy a cerrar los ojos.

GERMÁN.— ¿En quién vas a pensar? ¿Puedo saberlo?

DANIEL.— *(Levantando los ojos al cielo.)* Yo alucino. *(A GERMÁN.)* ¿No habíamos quedado en que tenía absoluta libertad para fantasear? ¿En que podía pensar en Angelina Jolie?

GERMÁN.— Sí. Pero no sé si me gusta la idea.

DANIEL.— *(Riendo a carcajadas.)* Quieres también la puesta de sol, ¿no? Quieres que piense en ti.

GERMÁN.— No, no soy tan imbécil. Sé las cosas que te excitan. Pero ahora no sé si me gusta la idea.

DANIEL.— ¿Qué idea?

GERMÁN.— A lo mejor me he dejado convencer apresuradamente.

DANIEL.— ¿Por quién?

GERMÁN.— Por Juan Pablo. *(Aclarando, al ver que DANIEL no entiende.)* Mi psiquiatra.

DANIEL.— No me lo puedo creer. No me digas que ahora me vas a dejar así. ¿Qué pasa, que sin ropa ya no te gusto?

GERMÁN.— No, no, qué va. Todo lo contrario. Sigues estando muy bien. Además ya te había visto desnudo muchas veces.

DANIEL.— ¿Entonces?

GERMÁN.— No sé. Al verte así, tan dispuesto, me han entrado ganas de llorar.

Me he acordado de repente de todo lo que hemos pasado juntos, de las cosas que robábamos para sacar dinero, de los buenos momentos. Y me ha parecido que a lo mejor todo eso se acababa de golpe.

DANIEL.— Mira, creo que me vas a volver loco. ¿No decías que el único remedio para tu obsesión era pasar página de una vez?

GERMÁN.— Sí. Lo he intentado todo. Sin ningún resultado. Esto es lo último que me queda. Pero a lo mejor tampoco es la panacea. A lo mejor es peor el remedio que la enfermedad. ¿Y si no consigo quitarme la obsesión? ¿Y si sigo igual que hasta ahora?

*DANIEL respira hondo, parece contar hasta diez. Da tres pasos alejándose de GERMÁN y luego vuelve a su lado, con una sonrisa comprensiva.*

DANIEL.— Escucha, Germán, eres tú quien tiene que decidir. Creí que lo tenías claro, que habías estado pensando en ello mucho tiempo, que habías analizado los pros y los contras. Yo te he ido planteando todos los problemas y tú tenías respuesta para todos ellos. Es como si no te quedara ningún resquicio de duda.

GERMÁN.— No tenía ningún resquicio de duda. Pero ya sabes cómo es la vida: hasta que no te ves delante de un precipicio no sabes si vas a saltar o no.

DANIEL.— Tampoco podemos tener nunca la certeza absoluta de que las cosas van a salir bien. Pero no por eso vamos a dejar de intentarlo. En la vida hay que correr riesgos.

GERMÁN.— ¿Me estás pidiendo que te coma la polla?

DANIEL.— Pues mira, sí. Si he sido capaz de llegar hasta aquí, dar marcha atrás ahora me parece un poco humillante. ¿Te piensas que soy un pelele?

GERMÁN.— Lo que eres es un vicioso.

DANIEL.— ¿Un vicioso? ¿Yo?

GERMÁN.— *(Mirando el reloj.)* Tampoco ha hecho falta tanto para convencerte.

DANIEL.— *(Desesperado.)* Era una prueba, ¿no es eso? Un experimento psicológico encargado por tu psiquiatra para su tesis doctoral, que versa sobre los modelos de transmisión de la homosexualidad a los heterosexuales imbéciles.

GERMÁN.— *(Arrepentido.)* No, no, no era una prueba ni un experimento, perdona. Soy un gilipollas, tienes razón. Un auténtico gilipollas. No sé ni lo que quiero, todo me asusta. ¿Por qué me has hecho vomitar las pastillas? A estas horas estaría ya en paz, durmiendo dulcemente el sueño de los justos, y se habrían acabado los problemas. Ni obsesiones ni puestas de sol ni hostias. *(Se lanza a la botella y se sirve en la copa todo lo que queda.)* Que estalle la bomba.

DANIEL.— *(Cogiéndole por los hombros, comprensivo.)* Mira, vamos a tratar de ser razonables, ¿de acuerdo? Esto es un ejercicio de terapia, y el objetivo es que tú vuelvas a estar bien. ¿Qué es lo que te puede devolver la ilusión?

GERMÁN.— *(Bebiendo.)* Nada.

DANIEL.— ¿Cómo que nada? No seas cenizo. Siempre hay posibilidades de salir del agujero. Yo mismo, cuando Luisa me dejó, caí en una depresión terrible. Y mira ahora.

GERMÁN.— ¿Fue Luisa quien te dejó a ti?

DANIEL.— Bueno, ya sabes cómo son estas cosas. Uno, otro… Al final alguien tiene que tomar la decisión.

GERMÁN.— Y fue ella quien la tomó.

DANIEL.— Sí. Pero es un dato irrelevante.

GERMÁN.— Por eso tú les has dicho a todos que fue al revés, que tú la abandonaste a ella.

DANIEL.— ¿Y a ti quien te ha dicho eso?

GERMÁN.— Miki.

DANIEL.— ¿Cuándo has visto a Miki?

GERMÁN.— Nunca dejé de verle. Ha sido mi confesor en todos estos meses.

DANIEL.— *(Sorprendido.)* ¿Miki?

GERMÁN.— Sí, Miki. Él me contaba de ti. Todo.

DANIEL.— Qué hijo de puta. ¿Y tú no te paraste a pensar que ésa no era la mejor forma de curar las obsesiones?

GERMÁN.— Las obsesiones no te dejan muchas alternativas.

DANIEL.— Las obsesiones y las costumbres personales de cada uno. Al final va a tener razón Fernando.

GERMÁN.— ¿Fernando? ¿En qué va a tener razón Fernando?

DANIEL.— Déjalo.

GERMÁN.— No, no dejo nada. ¿Qué decía Fernando?

DANIEL.— Que eras un cotilla y un metomentodo. Que eras un maricón y un voyeur, eso decía. Y que por eso eras el primero en llegar a los vestuarios y el último en marcharse. Para mirar las pollas y decidir cuál te gustaba más. Yo al principio le dije que estaba loco y que era un deslenguado, pero claro, me puse a observarte con disimulo y me di cuenta de que algo de razón tenía. Cuando llegaba al entrenamiento, tú ya estabas allí. Y cuando me iba, te quedabas un ratito para darte una ducha en condiciones. ¡En condiciones! ¡Ja! ¡Menudas condiciones!

GERMÁN.— O sea que mi fama iba de boca en boca…

DANIEL.— *(Rápido.)* No. No. No te hagas la víctima ahora, ¿eh? Nadie sabía nada. Sólo era una broma entre Fernando y yo. Y una broma sin ninguna importancia. A mí ni se me había pasado por la cabeza que fuera verdad.

GERMÁN.— ¡No era verdad!

DANIEL.— ¿Que no era verdad? ¿Y por qué estoy yo en calzoncillos en tu casa? ¿Por el cambio climático?

GERMÁN.— No era verdad que fuera un cotilla, no era verdad que fuera a los vestuarios a espiar. Iba a entrenar, como vosotros.

DANIEL.— Pero ya puestos…

GERMÁN.— Ni ya puestos ni hostias. A ti ni siquiera te miraba, trataba de evitarlo porque sabía que, si lo hacía, esa noche tendría insomnio y no dejaría de pensar en… en…

DANIEL.— En mi polla.

GERMÁN.— *(Enfadado.)* ¡En tu polla y en lo que está detrás de tu polla, joder, que parece que sólo me interesa follar!

DANIEL.— Mira, esto ya dura demasiado. Creo que lo mejor es que me vista y me vaya. *(Coge sus pantalones y empieza a ponérselos.)*

GERMÁN.— No, espera. Cerremos el círculo. O salgamos de él.

DANIEL.— ¿Cómo? *(GERMÁN se encoge de hombros, frunce los ojos, triste.)* Tienes que tomar una decisión, Germán.

GERMÁN.— Quiero hacerte una felación, me muero de ganas, pero sé que si lo hago no volveré a verte, que te dará vergüenza de mí, o asco, o qué sé yo. Si no lo hago, en cambio, me moriré poco a poco, pensando en que podría haberlo hecho, en que llegaría a ser feliz con el cerebro limpio. Es decir, que ni de una forma ni de la otra arreglamos nada.

DANIEL.— A lo mejor de las dos formas lo arreglamos.

GERMÁN.— ¿Cómo?

DANIEL.— Tú lo has dicho antes: el sexo es una cosa menor, casi un accidente. En realidad no tiene mucha importancia. Está sobrevalorado. Lo podríamos usar para ser felices y casi siempre lo usamos para amargarnos.

GERMÁN.— *(Desconcertado.)* Y todo eso…, ¿qué quiere decir? ¿Que tengo que chupártela o que no?

DANIEL.— Que puedes hacer lo que quieras y luego veremos qué pasa. Que lo peor es anticipar los resultados. Eso te lo habrá dicho ya tu psiquiatra: no se puede tener ansiedad por lo que aún no ha sucedido.

*Hay un silencio largo. GERMÁN mira al vacío o a algún punto de la habitación, meditabundo.*

GERMÁN.— ¿Tú tratarías de perdonarme?

DANIEL.— Yo pensaré que no ha ocurrido. Pensaré en Angelina Jolie.

GERMÁN.— ¿Y querrás volver a verme?

DANIEL.— *(Encogiéndose de hombros.)* Eso no lo sé. No lo puedo saber.

GERMÁN.— Tampoco sabes qué va a pasar si vuelves a vestirte y te vas, ¿verdad?

DANIEL.— Tampoco.
GERMÁN.— *(Después de unos instantes de duda y de reflexión.)* Está bien. *(Saca una moneda del bolsillo.)* Elige. ¿Cara o cruz?
DANIEL.— Cara.

*GERMÁN lanza la moneda al aire y la deja en el dorso de la mano, cubierta por la otra mano.*

GERMÁN.— Cara, te vistes y te vas. Cruz, te terminas de desnudar.

*DANIEL asiente. Después de unos segundos, GERMÁN levanta la mano y descubre la moneda. Se la muestra a DANIEL, que vuelve a asentir. Los dos se miran durante unos instantes, serios.*

GERMÁN.— *(Serio, en voz casi crepuscular.)* Voy a apagar las luces, si te parece. *(DANIEL asiente. GERMÁN apaga primero la luz general. Queda el velador encendido. Antes de apagarlo, pregunta.)* ¿Estás bien? ¿Necesitas algo?

DANIEL.— No, estoy bien.
GERMÁN.— ¿Quieres agua? ¿Más vino?
DANIEL.— No, gracias, ya he bebido demasiado.

*GERMÁN apaga la luz del velador y la escena queda completamente a oscuras. Durante unos segundos no se oye nada.*

GERMÁN.— Avísame cuando estés listo.
DANIEL.— Acuérdate del silencio.
GERMÁN.— No te preocupes. No diré nada.

*Se oye el frufrú rápido del desnudamiento y el arrastre de un mueble.*

DANIEL.— Ya.

*A partir de este momento, y en los próximos minutos, todas las acciones quedarán marcadas por los ruidos de ambiente. Primero el acercamiento de GERMÁN, el primer contacto de los cuerpos, su acoplamiento, la felación. Poco a poco se va oyendo la respiración más agitada de DANIEL. No hay gemidos, o son en todo caso gemidos reprimidos, pero se va siguiendo a través del resuello de DANIEL el ritmo de la excitación. Al final se acentuará la contención: el orgasmo trata de apagarse, de ponerse en sordina, pero es imposible. Por fin, vuelve el silencio durante unos segundos. Un silencio absoluto. Luego, poco a poco, GERMÁN se*

*levanta y se aparta. El silencio se hace más intermitente.*

GERMÁN.— ¿Estás bien?
DANIEL.— Sí.
GERMÁN.— ¿Quieres pasar al baño? ¿Darte una ducha?
DANIEL.— No, gracias, no hace falta. Creo que estoy limpio.
GERMÁN.— ¿Doy la luz?
DANIEL.— Espera un momento, por favor.

*DANIEL, en la oscuridad, se levanta y busca su ropa tanteando. Se viste, quizá con torpeza, tropezando con algún mueble.*

GERMÁN.— ¿Quieres que te ayude?
DANIEL.— No, ya está. Puedes encender la luz.

*GERMÁN enciende la luz del velador. Volvemos a verlos a los dos en la escena. DANIEL está ya completamente vestido, con los botones de la camisa mal abrochados. Se miran durante unos instantes, avergonzados.*

DANIEL.— ¿Tú estás bien?
GERMÁN.— Sí, gracias.
DANIEL.— ¿Notas algún cambio?
GERMÁN.— ¿De qué tipo?
DANIEL.— No sé, la obsesión.
GERMÁN.— Ah, la obsesión. Puede ser, ya veremos.
DANIEL.— ¿Era lo que esperabas? *(GERMÁN asiente. Vuelve a haber un silencio embarazoso.)* Bueno, creo que lo mejor es que me vaya.
GERMÁN.— No hay ninguna prisa.
DANIEL.— Sí, tengo algunas cosas que hacer todavía.
GERMÁN.— ¿Quieres que te pida un taxi?
DANIEL.— No, no te preocupes. Es todavía pronto, puedo volver en autobús.
GERMÁN.— Si quieres te acerco yo en un momento. Tengo el coche en el garaje.
DANIEL.— No, no, ni mucho menos. Me vendrá bien caminar un poco.
GERMÁN.— ¿Para despejarte?
DANIEL.— Para despejarme, sí. He bebido demasiado.
GERMÁN.— Tienes los botones de la camisa mal abrochados.

*DANIEL lo comprueba y se desabrocha para volver a abrocharse.*

DANIEL.— *(Riendo forzadamente.)* Yo iría dejando rastros de un adulterio por todas partes. No tengo remedio.
GERMÁN.— Bueno, de un adulterio o de un entrenamiento en el gimnasio.
DANIEL.— En el gimnasio uno normalmente se abrocha bien.
GERMÁN.— Sí, eso es verdad.
DANIEL.— *(Abriendo los brazos, sonriendo.)* Bueno. Me voy.
GERMÁN.— Ya nos veremos.
DANIEL.— Sí, seguro.
GERMÁN.— Al final uno siempre se encuentra.

*DANIEL no dice nada. Sonríe y va hasta la puerta. Coge el pomo.*

GERMÁN.— DANIEL.
DANIEL.— *(Volviéndose.)* ¿Qué?
GERMÁN.— ¿He hecho mal?
DANIEL.— No, no, tranquilo.
GERMÁN.— ¿No ha sido repugnante?
DANIEL.— No, en absoluto. Siempre quise tener sexo con Angelina Jolie y hasta hoy no lo había conseguido.
GERMÁN.— *(Sonriendo con un poco de amargura.)* El sexo está sobrevalorado.
DANIEL.— ¿Tú crees?
GERMÁN.— Bueno, la verdad es que no estoy seguro. No, creo que no.
DANIEL.— En todo caso, sobrevalorado o no, ahí está. Metido en el puto cerebro.
GERMÁN.— Gracias por intentarlo.
DANIEL.— No hay de qué. Ojalá te sirva. Al final tenías razón: no es tan importante, no pasa nada. Es casi más fácil que pagar la cuota de Greenpeace. Podías montar una ONG para estas cosas.
GERMÁN.— ¿Para qué? ¿Para hacer felaciones?
DANIEL.— Para ser compasivos. Para transformar la materia: uno da poco y el otro recibe mucho. Un pez y un pan se convierten de repente en mil peces y mil panes.
GERMÁN.— *(Sonriendo, sin acritud.)* Te has venido un poco arriba, ¿eh?
DANIEL.— Sí, perdona. Estoy exagerando. Me creo que he salvado una ballena y quizás es la ballena la que me está salvando a mí. Será mejor que me vaya de una vez. *(Abre la puerta de la calle.)* Nos vemos, entonces. *(GERMÁN asiente. DANIEL sale, pero antes de cerrar se vuelve una vez más.)* Me alegro de haber venido.

*GERMÁN no responde. Asiente con la cabeza, sonríe, está al borde de las lágrimas. La puerta por fin se cierra. Durante unos segundos, GERMÁN permanece inmóvil.*

*Se seca los ojos con los dedos. Luego lentamente se pone en marcha. Enciende el equipo de música y empieza a sonar una canción. Melancólica pero no depresiva, «The Way You Look Tonight» o algo parecido. Luego recoge todo, muy despacio. Vuelve a colocar los muebles como estaban antes de la visita de* DANIEL*. De un armario saca otra botella de vino y la descorcha. Se sirve una copa y la paladea. En ese momento suena el teléfono.* GERMÁN *corre a cogerlo, ilusionado, pero al ver el nombre en la pantalla se desinfla. Duda, pero finalmente se acerca a bajar la música y lo coge.*

GERMÁN.— Hola, Maleni, qué sorpresa. […] Sí, sí, ya sé que te llamé yo antes, pero como me dijiste que estabas con tu madre en el hospital… […] ¿Le acaban de dar el alta? […] *(Con susto.)* No, no he quedado con nadie para cenar. […] Sí, sí, sigo en casa. […] ¿En media hora? No sé si va a ser demasiado precipitado. […] *(Fingiendo, forzado.)* Yo también tengo muchas cosas que contarte, de verdad. […] *(Rindiéndose.)* De acuerdo, te espero dentro de media hora. […] Adiós.

*Durante unos segundos se queda mirando al vacío, con gesto de perturbado. Luego va al aparato de música y vuelve a subir el volumen. Muy lentamente, comienza a repetir los movimientos del principio: ordena las cosas que están descolocadas, comprueba con la yema del dedo que no hay polvo en los muebles y verifica que las botellas están llenas.*

*La escena va poco a poco a negro.*

# Epílogo impuro

A mis diecinueve años, cuando las hormonas me estrangulaban las ideas, me obsesioné con un conocido que me gustaba mucho. Tenía mi edad y nos veíamos con cierta frecuencia en reuniones de amigos comunes. Yo le espiaba en secreto y sentía hacia él un deseo sexual explosivo. Casi cuarenta años después, recuerdo a la perfección la ropa que vestía, sus tobillos desnudos, la cruz de la musculatura de su pecho entrevista a través de la abertura de la camisa o la marca mal bronceada del reloj que le quedaba en verano en la muñeca. Recuerdo en especial la forma de sus rodillas, la afiladura de la rótula, que me parecía de una sensualidad enloquecedora. No se llamaba Jorge, pero le llamaremos Jorge, porque ese nombre le conviene bien a su belleza masculina y delicada.

Jorge era heterosexual, tenía novia —incluso dos novias casi sucesivas, durante el periodo en el que yo le traté— y su virilidad estaba fuera de toda duda. Yo aceptaba todas las citas con ese grupo de amigos sólo por verle, por estar con él, por oler su cuerpo de refilón en esas refriegas juveniles que compartíamos. Nunca estuve enamorado de él, pero me masturbé mucho con fantasías en las que él era protagonista, y ahí comencé a pensar que el sexo podría tener una funcionalidad meramente curativa. ¿Qué podía importarle a Jorge que yo le hiciera una felación? No pensaba en penetraciones anales ni en sexo fetichista (que por lo demás para mí era en aquella época un territorio inexplorado e inverosímil), porque en esos asuntos sí podía comprender el desagrado de Jorge. Pero ¿una felación? Bastaba con que se sentara cómodamente, cerrara los ojos y me dejara hacer. Él podría disfrutar y yo podría encontrar la felicidad. ¿Por qué era necesario asociar siempre el sexo a la atracción física? Debería ser posible graduarlo y conferirle diferentes niveles de intensidad, dependiendo del momento, la situación y la compañía. ¿No había amigos que se masturbaban mutuamente pensando cada uno de ellos en alguna chica que les gustaba?

Luego, muchos años después, me di cuenta de que esa teoría, que fui depurando, se aproximaba mucho al concepto de *prostitución altruista* o *prostitución benéfica*. Una puta o un chapero no se sienten necesariamente atraídos por su clientes, pero follan con ellos a cambio de dinero, en una

compraventa que —separadas las pajas del grano y la violencia del libre albedrío— a mí siempre me ha parecido perfectamente ética y tolerable. En mi hipótesis de prostitución altruista, el dinero se sustituye por la bondad o por el quijotismo. Si yo necesito el cuerpo de alguien, me lo cede temporalmente, y del mismo modo yo cedo mi cuerpo a quien lo reclame con deseo. Es un intercambio de beneficio mutuo y de bienestar social.

¿Por qué no lo hacemos? Porque el sexo tiene algo de sagrado. Es un acto religioso. Y nos asusta incurrir en herejías, en blasfemias o en apostasía.

Mi amigo Félix —que tampoco se llama Félix— tiene un compañero de trabajo que aún no acepta su propia homosexualidad. El compañero se llama Álvaro y, a sus treinta y muchos años, sigue coqueteando con novias ocasionales y actuando como si fuera un macho ortodoxo. Es respetuoso, cosmopolita y abierto de mente. Gay *friendly*. Pero mi amigo Félix está convencido de que es un homosexual encubierto porque le manda mensajes sensuales, flirtea con él, le invita a actividades de todo tipo y visita su despacho continuamente, como al desgaire, para estar a su lado.

Yo he instigado a Félix a que se acueste con él para ayudarle a resolver sus conflictos interiores. A pesar de que la homosexualidad tortuosa parece ya una cuestión del pasado —sobre todo en zonas urbanas y entre una población acomodada—, siguen existiendo muchas personas incapaces de afrontar sin ayuda el reconocimiento pleno de sí mismos. Algunos necesitan un estímulo exterior, uno de esos accidentes que nos cambian la vida. Le pedí a Félix que me invitara a una de sus citas sociales y que me presentara a su compañero. Confirmé todas mis hipótesis: Álvaro sólo tenía ojos para Félix y se habría dejado enredar sin esfuerzo —quizá fingiendo un exceso de ebriedad o algo parecido— en un episodio erótico.

Félix, sin embargo, rechaza de plano la idea. Su compañero no es exactamente su arquetipo de hombre, pero se trata de un individuo atractivo, saludable y joven. Félix ha toreado en peores plazas, como asegura la sentencia taurina; en *muchas* plazas peores. Por embriaguez, por compromiso social (es poco asertivo en estas cuestiones) o por desesperación a ciertas horas de la madrugada, como todos. Es decir, se acuesta con alguna frecuencia con chicos o señores que tienen menos condiciones objetivas —marxismo *dixit*— que su compañero de trabajo criptogay.

¿Por qué Félix, que un viernes puede follarse a un orco con abdominales y un sábado a una princesa con trastornos alimentarios, no es capaz de follarse a Álvaro, su compañero de trabajo servicial, atractivo, saludable y joven? La respuesta es desoladoramente simple: el orco y la princesa desaparecerán en la misma noche en que hayan aparecido y no dejarán rastro. Álvaro, en cambio, estará de nuevo el lunes en la oficina con las mismas galanterías y con los requiebros ambiguos del perro del hortelano o del asno de Buridán.

Mi teoría es radical. Yo creo que Álvaro no está enamorado de Félix, pero le gusta mucho. Si se lo follara, sufriría un *shock* existencial, acabaría

reconociendo su homosexualidad (o su bisexualidad, que es más llevadera en estos casos) y emprendería una vida esencialmente distinta. Ninguna novia ocasional en el futuro, ninguna opción contra natura. Descubriría enseguida otro mundo y se desentendería de Félix, que habría sido el pionero, el descubridor, el *coach*, pero que quedaría enseguida olvidado por la naturaleza de los estímulos sobrevenidos.

Es decir, con un simple acto ridículo, insignificante, Félix podría salvar una vida. Pero no lo hace porque el sexo, incluso para quienes nunca creyeron en Dios, es un acto religioso. Un trance místico. Un hecho que trasciende cualquier categoría social y se inscribe en el mundo mágico.

Volvamos a los tiempos de Jorge. Yo tenía diecinueve años y creía que el sexo era un acto religioso, un trance místico. Creía que el sexo mal usado dañaba las relaciones y dañaba el alma. Alrededor de los veinticinco, por ejemplo, un compañero muy guapo de correrías nocturnas me invitó a subir a su casa después de una larga jornada de exploración gay. Yo estaba todavía en mi mejor época hormonal, pero le rechacé porque él tenía un novio estable —de viaje aquel día— y porque a mí me resultaba incomprensible mezclar la sexualidad con los afectos no amorosos.

Es decir, a los veinticinco años yo seguía siendo apostólico en carne propia. Tenía un concepto muy puro del amor romántico. Por eso me resulta paradójico haber tenido a los diecinueve años, con Jorge, una idea tan moderna de la sexualidad. Una idea que seguramente jamás me habría atrevido a poner en práctica, de haber tenido la ocasión, pero que demuestra —para mi orgullo— que, detrás de la gazmoñería, el puritanismo y la represión de aquel muchacho que yo era, había un poco de intuición y de sabiduría.

Toda o casi toda mi obra literaria —sin que yo haya tomado la decisión de que fuera así— está dedicada a desentrañar el laberinto emocional que hay en las relaciones sexuales. Los celos, el despecho, el desamor, el adulterio, las perversiones eróticas y la promiscuidad son algunos de los asuntos que me fascinan literariamente. Y me fascinan literariamente porque me incumben y me cuestionan. Porque sigo encontrando en ellos ángulos inexplicables y oscuros.

Con los años, he llegado a dos conclusiones tajantes que no parecen demasiado originales pero que, a día de hoy, en la segunda década del siglo XXI, todavía siguen siendo cuestionadas por muchísimas personas de cualquier ideología y de cualquier cultura.

*Primera*. El amor y el sexo son realidades ontológicamente distintas, pero que tienen un espacio compartido. Como en la Teoría de Conjuntos que estudiábamos en el colegio cuando yo era niño (no sé si se sigue haciendo), el amor y el sexo interseccionan en una superficie, y es esa superficie la que se ha privilegiado durante siglos de romanticismo cultural y la que nos lleva al equívoco.

Hay quien sostiene que el sexo con amor es de una intensidad sobrenatural, que no puede ser comparada con nada. No estoy muy seguro de que eso sea cierto. El sexo anónimo, por ejemplo, permite una desinhibición que libera nuestro comportamiento y lo impulsa a una pericia erótica mayor. Y el sexo con drogas, en el que no tengo ninguna experiencia (salvo con popper, que es a lo que me han permitido llegar mi cobardía y mi cautela), es, por lo que cuentan todos sus apologetas, de una potencia casi mística (en este caso en el sentido literal). Pero aunque concediéramos que el sexo con amor es sobrenatural, eso no refutaría la idea de que el sexo sin amor puede ser prodigioso —el grado inferior de lo sobrenatural— y de que el amor puede perdurar más allá del sexo o vivir sin él, como les ocurre a las personas asexuales. En resumen: el amor y el sexo comparten algunas características, pero divergen en muchas otras.

*Segunda*. La monogamia y la pureza son creaciones culturales que no resisten ningún análisis zoológico y que están condenadas a desaparecer en el futuro. O, mejor dicho, ya han desaparecido, aunque se mantenga la ficción de que perviven. No existen las parejas fieles. Todos los estudios sexológicos que indagan sobre este asunto contienen datos poco fiables, pues se limitan a reproducir la confesión de los individuos que participan en el estudio. Hace tiempo que aprendí que la única ley válida en los asuntos conyugales es la siguiente: lo que a una pareja le funciona, es bueno; lo que no le funciona, es malo. La mentira consentida, la castidad, la sexualidad abierta, la celebración de orgías o la fornicación a oscuras y a medio desvestir. Pero nuestra naturaleza animal, de la que ni los papas de Roma han sabido escapar, suele limitar bastante nuestro margen de acción. Es decir, suele limitar lo que a medio o largo plazo «funciona». No somos capaces de cumplir las hazañas que queremos cumplir. No sabemos ser tan abnegados como nos gustaría, renunciar a nuestros instintos, convertirnos en puro espíritu o en espíritus puros. Por eso acabamos pecando o traicionando o mintiendo. Existe la sublimación, por supuesto, y algunas personas son capaces de transformar sus impulsos en sacerdocio o en literatura. Pero ni ésa es la regla ni hay ninguna razón para creer que ese modelo sea moralmente superior.

Mi amiga Marta Sanz dice de mí, con razón, que soy un escritor dieciochesco y moralista. Me gustan las fábulas y las moralejas, incluso cuando es imposible encontrarles utilidad o sentido. *Amor puro* tiene sin duda una moraleja, pero no sé cuál es. Parece seguro, sin embargo, que Germán y Daniel no van a seguir siendo amigos. Parece seguro que Germán va a arrepentirse de lo que ha hecho. Y parece seguro, por último, que ninguno de los dos va a cambiar sus ceremoniales sexuales después de esa experiencia.

Pero tal vez sea al contrario. Quién puede saberlo.

Yo, en esta fábula, no soy ni Germán ni Daniel, como he contado al

principio, porque nunca estuve enamorado de Jorge ni se me pasó por la cabeza una situación semejante con ninguno de mis amores imposibles posteriores. Pero entre uno y otro, mis sentimientos se parecen más a los de Germán, y más aún a esta edad ya madura en la que no puedo aspirar a ser inspirador de pasiones sexuales.

A menudo me pongo a pensar cuánta felicidad cesante forzamos con nuestra rigidez moral y nuestras pamplinas sentimentales. Una vez se me ocurrió la idea de crear una aplicación móvil de ligue que no estuviera basada —como Tinder, Grindr, Scruff y similares— en intercambios simétricos, sino en intercambios absolutamente asimétricos. Su espíritu sería el de tantas ONG: voluntarios triunfadores que se prestaran orgullosamente a ofrecer a otros su belleza a cambio de nada, de la mera satisfacción de una obra bien hecha. Dar sexualidad feliz a muchas personas de nuestro alrededor que viven condenadas a la soledad carnal es un acto tan noble como salvar ballenas, acabar con el hambre en el mundo o lograr la liberación de los presos políticos chinos. No estoy siendo cínico ni burlón: simplemente trato de poner el acento en uno de los capitales humanos más desaprovechados que tenemos. Y en las razones por las que lo está.

Imaginemos por un momento un mundo en el que existiera una aplicación móvil como la que acabo de describir. Hombres y mujeres atractivos ofreciendo su sexualidad —con los límites que cada uno quisiera poner— a hombres y mujeres desagraciados, solitarios, mayores o disfuncionales de cualquier manera en el acto del cortejo y de la seducción. Muchachos con micropene, mujeres con cicatrices mal cosidas tras una cesárea u hombres impotentes que no se atreven a entablar una relación normal y que sin embargo siguen necesitando, como cualquiera, el contacto de un cuerpo caliente, la temperatura de una piel desnuda. A veces sólo para acariciar o para mirar de cerca un cuerpo sin que haya por medio una pantalla. Sexualidades suaves, poco exigentes, pero gozosas. Sacrificios fáciles por parte del donador que se transforman en beneficios gigantescos para el receptor.

¿No hablamos en estos tiempos con énfasis de la economía de los cuidados, de la solidaridad invisible o del altruismo como alternativa —y como remedio— frente al lucro? ¿Por qué entonces el sexo siempre queda fuera de esa ecuación de rendimientos sociales no monetarios?

Volvemos una y otra vez al mismo punto: porque tiene una dimensión real-maravillosa que no somos capaces de transformar en provechos y utilidades racionales. Hacer algo así es como entregar el alma. Podemos ceder nuestro tiempo a una organización que reparta alimentos entre personas sin recursos; podemos gastar nuestro dinero en apoyar a un partido político que luche por nuestras convicciones o a una organización que defienda ideales elevados; podemos incluso —por fortuna ya mucho menos — ofrecer nuestra vida por la patria yendo a guerras. Pero lo que no

podemos hacer es liberar nuestro cuerpo de los candados sexuales. Tal vez algunos sí, durante algún periodo de la juventud, cuando todo es más fácil; pero incluso esos tienen candados inamovibles. Que el lector piense si conoce o ha conocido a muchas personas que en una situación como la que plantea *Amor puro* —o en situaciones disparatadas semejantes— se hubieran comportado con filantropía o al menos con cierto desapego. Que el lector busque entre las personas más libertinas que ha conocido, las que presumen de promiscuidad, de racionalismo sexual o de amoralidad. ¿Hay entre ellos alguno que hubiera reaccionado con inocencia ante una provocación como ésta?

Sé que estoy haciendo un poco de trampa, porque lo que en *Amor puro* se dilucida tiene también muchas implicaciones sentimentales. Pero es justamente esa ciénaga de confusión la que me interesa. La imposibilidad de aislar el deseo en una probeta de laboratorio y examinarlo científicamente. Enseguida se contamina con otras sustancias. Ni siquiera hirviéndolo a cien grados se purifica de verdad. O mejor dicho: sólo se purifica del todo en el encuentro anónimo o ciego, en la perversión, en el reconocimiento desacomplejado de la animalidad humana. Pero la mayor parte de las personas no llega jamás a ese estadio.

Ahora bien, a partir de este punto ingresamos en uno de los grandes debates antropológicos. Uno de mis debates favoritos: ¿lo que nos ocurre tiene que ver con nuestra naturaleza o es una construcción cultural? Más concretamente: ¿tiene que ver con nuestra biología o es una construcción cultural *con alternativas reales y radicales*? Porque a nadie le cabe duda de que construcción cultural hay. La Iglesia Católica o el islamismo no son realidades físicas ni instituciones naturales, por ejemplo. Pero ¿las hemos creado por mala suerte histórica o porque estamos condenados a crear formas semejantes de control?

En otras palabras, en nuestras palabras: ¿existiría la posibilidad, en un mundo ideal, de que pudiéramos separar el erotismo de los sentimientos? ¿Existe la posibilidad de que pudiéramos administrar uno y otro sin prejuicios religiosos, sin vasos comunicantes y sin ofuscaciones? ¿Existe la posibilidad, en fin, de que el placer y el afecto tengan zonas del cerebro separadas?

Creo que no. Creo que se trata de una lucha intelectual contra un monstruo salvaje. El estupor del sexo nace precisamente de su prohibición, de su categorización y de su secreto. De sus límites (cuantitativos o cualitativos, porque el promiscuo sigue teniendo los mismos límites que Germán y Daniel).

El sexo nos perturba porque nunca podemos clasificarlo ni delimitarlo. Porque vence a menudo —más en los hombres que en las mujeres, más en los jóvenes que en los ancianos, pero en todos— nuestra capacidad de raciocinio y nuestro libre albedrío. Cuando hay un grado de excitación

suficiente, el cerebro se detiene y la voluntad colapsa. En muchas ocasiones, yo he actuado en contra de mi propia conformidad, sin mi permiso. Como la pócima que bebe el doctor Jekyll, el instinto sexual transforma la personalidad y nos convierte en otros. Nos ayuda a justificar traiciones, a realizar hazañas y a soportar cualquier humillación. Nos libera de la vergüenza y de la prudencia. Nos devora.

Siempre recuerdo las reflexiones sinceras —pocas personas lo son tanto en estos asuntos— de Luis Buñuel en sus memorias *Mi último suspiro*: «Desde los catorce años hasta estos últimos tiempos [esas memorias fueron publicadas en 1982, cuando el cineasta tenía ochenta y dos años], el deseo sexual no me ha abandonado jamás. Un deseo poderoso, cotidiano, más exigente incluso que el hambre, más difícil a menudo de satisfacer. Apenas tenía un momento de descanso, apenas me sentaba, por ejemplo, en un compartimento de tren, cuando me envolvían innumerables imágenes eróticas. Imposible resistir a este deseo, dominarlo, olvidarlo. No podía sino ceder a él. Después de lo cual, volvía a experimentarlo, todavía con más fuerza». Y más adelante, añade: «Hasta los setenta y cinco años no he detestado la vejez. Incluso encontraba en ella una cierta satisfacción, una calma nueva, y apreciaba como una liberación la desaparición del deseo sexual y de todos los demás deseos».

La desaparición del deseo sexual como una liberación: la posibilidad por fin de comportarse libremente, sin sobresaltos ni apremios. Sin comportamientos ridículos como el de Germán.

Siento piedad hacia Germán. Me gustaría cuidarle, abrazarle. Le trato con crueldad porque es mi deber literario: los personajes están para esos ejercicios de sadismo controlado, que alivian —al autor al menos— de otros ejercicios más realistas.

Ya he dicho antes que no sé cuál es la moraleja de la historia ni el destino de Daniel y Germán. En una de las primeras versiones del texto, había un final trágico más coherente con casi todos mis finales, pero algunos lectores de confianza me lo desaconsejaron. En realidad, y visto desde una perspectiva pesimista, el final que queda ahora quizás es más trágico, porque la vida, como también he escrito otras veces, es un sumidero de mierda, y la vida de Germán no tiene la mejor pinta.

Todos sabemos que ni la mejor de las felaciones —ni el mejor de los grandes polvos— es para tanto. Pero siempre están a punto de serlo, siempre están a punto de ponernos a la derecha de Dios Padre. Y por eso seguimos insistiendo en el error.

El error más bendito de cuantos cometemos.

«Claro que hay mamadas y mamadas, pero todas son buenas»

**TÍTULOS DE**
**DOS BIGOTES**

*El armario de acero*, Varios autores
*Los deseos afines*, Varios autores
*Imre: una memoria íntima*, Edward Prime-Stevenson
*Lo que no se dice*, Varios autores
*Pasión,* Brane Mozetič
*Posiciones geográficas*, Suzana Tratnik
*49 goles espectaculares*, Davide Martini
*Suburbana*, Claudio Mazza
*Mañana hablarán de nosotros*, Varios autores
*La tierra de los abetos puntiagudos*, Sarah Orne Jewett
*El cielo en movimiento*, Varios autores
*Ábreme con cuidado*, Varias autoras
*Una barba para dos*, Lawrence Schimel
*La increíble boda de Gilbert y Moira*, Joe Keenan
*El sonido de los cuerpos*, Nando López
*A Virginia le gustaba Vita*, Pilar Bellver
*La vida de Kostas Venetis*, Octavian Soviany
*El santo al cielo*, Carlos Ortega Vilas
*Tan solo el fin del mundo*, Jean-Luc Lagarce
*El milagro*, Ariel Kenig
*El amante alemán*, Julián Martínez Gómez
*Mil mamíferos ciegos*, Isabel González
*La canción pop*, Raúl Portero
*La nueva mujer*, Varias autoras
*Manuel Bergman*, Pablo Herrán de Viu
*V y V Violación y Venganza*, Pilar Bellver
*Presentarse en forma grata*, Joseph Salvatore
*Trapicheos en la Segunda Avenida*, Joyce Brabner y Mark Zingarelli
*Relaciones enfermizas*, Cecilia Ştefănescu
*La geometría del trigo*, Alberto Conejero
*Bitch She's Madonna. La reina del pop en la cultura contemporánea*, Eduardo Viñuela (ed.)
*Haz memoria*, Gema Nieto
*No pasar (Do Not Cross)*, Dora Pavel

*Cómo acabar con la escritura de las mujeres*, Joanna Russ
*Todo es una mierda y eres una mala persona*, Daniel Zomparelli
*Hacia las luces del norte*, Ángel Valenzuela
*Vestidas de azul. Análisis social y cinematográfico de la mujer transexual en los años de la Transición española*, Valeria Vegas
*Boy Erased (Identidad borrada)*, Garrard Conley
*Nido de pájaros*, Luis Maura
*Los cuerpos que importan en Judith Butler*, Silvia López
*Los pequeños brotes*, Abel Azcona
*Fábula de un otoño romano*, Bruno Ruiz-Nicoli
*La política sexual en Kate Millett*, Silvia López
*Homintern. Cómo la cultura LGTB liberó al mundo moderno*, Gregory Woods
*El hombre de hojalata*, Sarah Winman
*Asalto a Oz. Antología de relatos de la nueva narrativa queer*, Varios autores
*Comando Malva*, Pilar Bellver y Olga Carmona Peral
*El devenir «mujer» en Simone de Beauvoir*, Silvia López
*Cruising. Historia íntima de un pasatiempo radical*, Alex Espinoza
*Ariel y los cuerpos*, Sebastià Portell
*Cómo entender tu género. Una guía práctica para explorar quién eres*, Alex Iantaffi y Meg-John Barker
*Dilemas y cowboys*, Cachorro Lozano
*La calma luchada*, Sergio Bero
*Emilio y Octubre*, David Uclés
*Con la frente marchita*, Dimas Prychyslyy
*El ecofeminismo en Vandana Shiva*, Silvia López
*«Amigas». Relatos de amor entre mujeres, del siglo XVIII al XX*, Varias autoras
*Libérate. La cultura LGTBQ que abrió camino en España*, Valeria Vegas
*Todas mis palabras son azores salvajes*, Gloria Fortún
*Pronto seré de oro y carmín*, Vanina Bruc
*Cómo luchamos por nuestras vidas*, Saeed Jones
*Amor puro*, Luisgé Martín